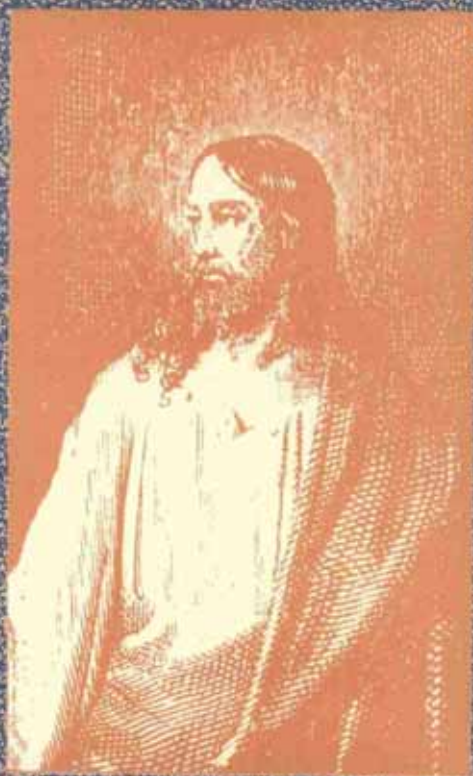


# *Escucha su voz*



JESUS PADILLA CUEVAS

 iteso



*Escucha su voz*

Homilias ciclo "C"



*Escucha su voz*  
Homilías ciclo "C"

Jesús Padilla Cuevas

Nihil obstat:  
Cango. Enrique Toral Moreno  
Pbro. Fernando Lugo Serrano

Imprimatur:  
Pbro. José Guadalupe Martín Rábago

© D.R. 1991. Instituto Tecnológico  
y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).  
Departamento de Extensión Universitaria.  
Fuego 1031, Jardines del Bosque,  
Guadalajara, Jalisco, México, C.P. 44520.  
Impreso y hecho en México.  
*Printed and made in México.*

ISBN 968-6101-23-3

## Indice

Introducción	9
--------------	---

### Tiempo de Adviento

Domingo 1º de Adviento	13
Fiesta de la Inmaculada	15
Domingo 2º de Adviento	17
Domingo 3º de Adviento	19
Domingo 4º de Adviento	21

### Tiempo de Navidad

Natividad del Señor	25
Domingo después de Navidad	27
Festividad de María Madre de Dios	29
Epifanía	31
Domingo 2º después de Navidad	33
Domingo 1º durante el año	35

### Tiempo de Cuaresma

Domingo 1º de Cuaresma	39
Domingo 2º de Cuaresma	41
Festividad de San José	43
Domingo 3º de Cuaresma	45
Domingo 4º de Cuaresma	47
Domingo 5º de Cuaresma	49



## Semana Santa

Domingo de Palmas	53
En la Cena del Señor	55
Viernes Santo	57

## Tiempo Pascual

Domingo de Pascua	61
Domingo 2º de Pascua	63
Domingo 3º de Pascua	65
Domingo 4º de Pascua	67
Domingo 5º de Pascua	69
Domingo 6º de Pascua	71
Domingo 7º de Pascua	73
Fiesta de la Ascensión del Señor	75
Domingo de Pentecostés	77
Domingo de la S. Trinidad	79
Festividad del Cuerpo y la Sangre de Cristo	81

## Tiempo durante el año

Domingo 2º durante el año	85
Domingo 3º durante el año	87
Domingo 4º durante el año	89
Domingo 5º durante el año	91
Domingo 6º durante el año	93
Domingo 7º durante el año	95
Domingo 8º durante el año	97
Domingo 9º durante el año	99
Domingo 10º durante el año	101
Domingo 11º durante el año	103
Domingo 12º durante el año	105
Domingo 13º durante el año	107



Domingo 14 <sup>o</sup> durante el año	109
Domingo 15 <sup>o</sup> durante el año	111
Domingo 16 <sup>o</sup> durante el año	113
Domingo 17 <sup>o</sup> durante el año	115
Domingo 18 <sup>o</sup> durante el año	117
Domingo 19 <sup>o</sup> durante el año	119
Domingo 20 <sup>o</sup> durante el año	121
Domingo 21 <sup>o</sup> durante el año	123
Domingo 22 <sup>o</sup> durante el año	125
Domingo 23 <sup>o</sup> durante el año	127
Domingo 24 <sup>o</sup> durante el año	129
Domingo 25 <sup>o</sup> durante el año	131
Domingo 26 <sup>o</sup> durante el año	133
Domingo 27 <sup>o</sup> durante el año	135
Domingo 28 <sup>o</sup> durante el año	137
Domingo 29 <sup>o</sup> durante el año	139
Domingo 30 <sup>o</sup> durante el año	141
Domingo 31 <sup>o</sup> durante el año	143
Domingo 32 <sup>o</sup> durante el año	145
Domingo 33 <sup>o</sup> durante el año	147
Domingo 34 <sup>o</sup> durante el año	149



## Introducción

La presente obra ofrece en forma impresa los programas que hace algunos años se transmitieron por radio con el título de *Escucha su voz*. Contiene un breve comentario a las lecturas dominicales del Evangelio del ciclo litúrgico C.

Este modesto trabajo puede servir:

- A los sacerdotes como una elemental preparación de la homilía.
- En los círculos bíblicos como lectura adicional a las clases.
- En casa como lectura familiar.
- Para estudio y lectura personal.

Es conveniente leer el texto bíblico indicado al margen antes del comentario.

En cada reflexión se ha hecho un esfuerzo de aplicar las enseñanzas evangélicas a la vida cotidiana del cristiano.

¡El Evangelio no pasa de moda!



*Tiempo de Adviento*





## CICLO C

Domingo 1º de Adviento

Lc. 21, 25-36

### La Salvación está cerca

Los antiguos profetas anunciaron la venida de un salvador y libertador del pueblo. Niños y jóvenes crecían a la luz de la esperanza del Mesías venidero y los ancianos oraban: "Que los cielos lluevan al justo como rocío sobre la tierra". Y Dios respondía por boca de los profetas: "Mirad que llegan días, palabra de Dios, en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora suscitaré a David un vástago legítimo que hará justicia y derecho en la tierra. En aquellos días se salvará Judá y en Jerusalén vivirán tranquilos" (Jer. 33, 14). Cristo es la realización y cumplimiento de la palabra divina, es la ejecución de la promesa, es la presencia del libertador prometido al viejo Abraham. Es el Germen Justo y Vástago Legítimo de David que anunció Jeremías.

En Jesús se llega a la madurez de los tiempos y la palabra que resonó por los caminos de Israel, florece visiblemente en el niño nacido en los alrededores de Belén. Con razón el Hijo de Dios recibe el nombre de Verbo o Palabra del Padre y San Juan nos dice: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". El anciano Simeón, con el Niño en los brazos, pudo exclamar lleno de gozo: "Ahora, Señor, puede morir este tu siervo conforme a tu palabra. Pues mis ojos han visto al Salvador".

Sí, hermanos, el Salvador ha venido, la salvación está cerca de nosotros, está al alcance de nuestras manos y de nuestra voluntad. Nosotros ya no esperamos, sino vivimos y gozamos la redención alcanzada por Cristo.

Pero dicha salvación es menester aplicarla y asimilarla cada uno de nosotros. Es como fuente inagotable de la que podemos beber sin límite. Por consiguiente, hay que conocerla y desearla,

hay que acercarse y tomar de sus aguas, hay que gustarla y aprovecharla.

¿De qué sirve una fuente si no la conocemos o está lejana o, si estando cercana, por pereza o negligencia no bebemos?

Cristo nos ha dejado un rico e inagotable manantial de aguas vivas en su palabra, en su gracia, en sus sacramentos y en su Iglesia. La salvación está entre nosotros, al alcance de la mano, mas Dios quiere que la aceptemos libre y espontáneamente, por gusto, por amor.

Hermano que oyes la palabra del Señor, lo que otros esperaron con ansiedad por largos siglos, lo tienes a tu lado; lo que Dios prometió en la antigüedad, lo ha cumplido en nuestros tiempos.

El perdón, la misericordia, la verdad, la fe, la gracia y el camino del Reino, están a tu lado. No vayas a morir de sed a la orilla del manantial.

## CICLO C

Fiesta de la Inmaculada

Ap. 12, 1-6

### Satán en guerra

A la sombra del pomar paradisíaco anda Satán al trote cual león famélico acechando a quién devorar. Le parece haber atisbado algo nuevo. Sí, Adán y Eva, cepa primigenia del huerto humano, que estaban viviendo las primicias de su existencia. Inocentes, ingenuos, sin malicia y sin experiencia de las tácticas del enemigo, fueron fáciles víctimas de la perversidad demoníaca, personificada en una culebra locuaz y sofisticada.

Esta se apuntó el triunfo de la primera batalla: el tronco de la familia humana había contaminado su raíz y todo renuevo llevaría el signo de su derrota: el pecado original.

Mas el Señor interviene en la lucha, levanta su criatura y, aunque la castiga por su desobediencia, la defiende y se constituye su aliado anunciándole al maligno su derrota definitiva: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, éste te aplastará la cabeza" (Gn. 3,15).

La tradición ha interpretado que esta mujer es María y su linaje Cristo, quien venció al mundo y al pecado. Esta tradición es confirmada por el siguiente pasaje del Apocalipsis: "Apareció en el cielo una magnífica señal: una mujer envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta, gritaba por los dolores del parto y el tormento de dar a luz.

Apareció en el cielo otra señal: un gran dragón rojo con siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas siete diademas. Su cola barrió la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la tierra.

El dragón se quedó delante de la mujer que iba a dar a luz para devorar a su hijo cuando naciera. Ella dio a luz un varón,



destinado a regir a todas las naciones con cetro de hierro, pero arrebataron a su hijo y lo llevaron hasta Dios y su trono. La mujer huyó al desierto donde tiene un lugar reservado por Dios". (Ap. 12, 1-6).

Cuando el demonio-dragón se persuade que nada puede contra la mujer y su Hijo, dirige su furia contra sus seguidores (Ap. 12, 17-18) que somos nosotros.

Y nuestra alma se convierte en el campo de batalla de Luzbel: Concupiscencias, desorden en los deseos y sentimientos, pereza espiritual, desgano, envidia, odio, enemistad, egoísmos, lucha de clases...

Mas como el Señor protegió a María librándola del pecado original (dragón) y sus consecuencias, así se apiada de nosotros y nos libra del mal, nos reconcilia consigo (2Co. 5,18 ss.) y nos otorga de nuevo su amistad y su gracia.

María es la Inmaculada -no manchada- por gusto y gracia de Dios (*Bula Ineffabilis Deus* de Pío IX), o sea, preservada de todo pecado y revestida de la gracia santificante desde el amanecer de su existencia.

Nosotros somos levantados y purificados por el bautismo, Ella fue preservada para que no cayera y no se manchara.

La lucha entre el bien y el mal ya no se libra a la sombra del pomar paradisíaco, sino en el fondo de nuestras almas.

CICLO C

Domingo 2º de Adviento

Lc. 3, 1-6

### Camino de Salvación

La Iglesia prepara las festividades de la Navidad, fiesta de íntima alegría porque marca el principio de la Redención de la humanidad. Ya el profeta Baruc entreveía el tiempo mesiánico y exclamaba: "Jerusalem, despójate de tu Vestido de luto y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te da. Dios ha mandado abajarse a los montes elevados y a las colinas encumbradas, ha mandado llenarse a los barrancos hasta allanar el suelo para que Israel camine con seguridad... Porque Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria" (Ba. 5, 1-6).

En las palabras del profeta aprendemos varias cosas: que termina la etapa de luto y esclavitud, que empieza otra de alegría y gloria y que esta gloria nos viene de Dios quien nos allanará el camino para conquistarla fácilmente.

Esta visión profética se cumple en Cristo Jesús quien nos ha liberado de la esclavitud del materialismo de la vida, de la ignorancia y del pecado; nos ha iluminado con la fe y fortalecido con la gracia, nos ha facilitado el camino de la salvación con su Iglesia y sus sacramentos. En realidad, después de Cristo, la salvación es tan segura y fácil que sólo quien no quiera o no le interese no se salvará.

La salvación es obra substancialmente de Dios: El dio el primer paso hacia nosotros, nos tendió la mano y nos proporcionó los medios adecuados para llegar al Reino de los cielos. Nosotros solos somos incapaces de salir del mundo del pecado y escalar las cumbres de lo sobrenatural. Y así nos lo asegura Cristo: Sin mí, nada podéis hacer".

Pero la salvación es también obra nuestra en cuanto que humildemente aceptamos a Cristo como nuestro Salvador, creemos su

doctrina y nos esforzamos por ponerla en práctica y en cumplir la voluntad del Padre celestial.

Dios quiere nuestra libre participación y cooperación en la obra de la redención. No desea salvarnos contra nuestra voluntad o a la fuerza. El nos hizo libres y es el primero en respetar nuestra libertad. Por eso exclama San Agustín: "El que te hizo a ti sin ti, no puede salvarte a ti sin ti".

Juan el Bautista amonestaba a sus contemporáneos: "Preparadle el camino al Señor y todos verán la salvación de Dios". Por lo menos eso nos corresponde a nosotros: dejar libre el camino a la acción de Dios, quitar los estorbos de la incredulidad, de la injusticia y de la soberbia. Que crezca en nosotros la esperanza y la fe en Jesús, que seamos dóciles a su palabra y veremos su salvación.

Se acerca, hermanos, la venida del Señor, se acerca la Navidad: Fuera el luto y la tristeza y venga la alegría cristiana, porque Cristo nos trae la vida del alma, la liberación del pecado y nos facilitará el camino del cielo.

El te ofrece la salvación y te tiende la mano amistosa; haz lo poco que te corresponde, acéptalo por la fe y la obediencia a su doctrina, no lo dejes con la mano tendida en el vacío, mira que El te espera, mira que El hizo viaje del cielo a la tierra por ti. El camino de salvación es obra de Dios, pero también tuya.



## CICLO C

Domingo 3º de Adviento

Lc. 3, 10-18

### Alegría en el Señor

Millones de cristianos no logran saborear la alegría del cristianismo porque no han profundizado jamás en su contenido. Porque han heredado una fe como si se tratara tan solo de un fenómeno social o histórico. Como se hereda un idioma o una tradición folclórica. La fe debe tomarse como una experiencia viva, íntima de aceptación individual y personal de Cristo Jesús. Sentirse y saberse su amigo personal, que ha sido salvado y vivificado por El, que participa de su misma vida y que está invitado al Reino de los cielos no como un extraño o extranjero sino como un heredero y hermano de Jesús.

Quiso Dios no sólo habitar entre nosotros, sino hacerse uno de nosotros y empezar su existencia humana con la humildad, delicadeza y ternura de un niño que cobija su debilidad en el regazo de una madre. Así, en el plan divino de la Redención, María, la madre de Jesús, participa y contribuye a la obra de salvación.

Ese Dios que se hace hombre, no se despoja de su Omnipotencia, ni de su sabiduría ni de ninguno de sus atributos divinos, solamente los cubre con el velo de su humanidad, para ganar nuestra confianza, amistad y amor. Y todo eso para atraernos a El y poder enseñarnos las verdades eternas, revelarnos las bellezas del Reino y apuntarnos el rumbo y modo de conquistarlo y vivir eternamente en la compañía de Cristo nuestro amigo y salvador personal. Quien logre asimilar y sentir estas verdades, experimentará una profunda e interior alegría.

Sofonías, contemplando en visión profética los tiempos mesiánicos, exclamaba entusiasmado: "Canta, hija de Sión! ¡Da voces jubilosas Israel, regocíjate con todo el corazón, hija de

Jerusalén! Y San Pablo, disfrutando ya de la presencia del Salvador, con toda razón nos dice: "Como cristianos estad siempre alegres, os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca".

El Bautista nos indica cómo quitar los estorbos y cómo trabajar para llegar a esa alegría: y así nos enseña: "El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene y el que tenga de comer, que haga lo mismo. Unos policías le preguntaron: Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer? El les contestó: No hagáis violencia a nadie, ni saquéis dinero, conformaos con vuestro salario".

La alegría anunciada por Sofonías y recomendada por San Pablo, la conseguiremos con la justicia y caridad exigida por el Bautista a sus discípulos.

¿Por qué imaginar un Dios vengativo y severo? ¿Por qué el miedo, el temor y la angustia de algunos corazones? Dios no es para nosotros como un gendarme, un aduanero o un verdugo. Dios es nuestro Padre y quiere nuestro bien y para eso nos ha enviado a su Hijo Jesucristo.

Si somos amigos de Cristo en la tierra, ¿Por qué hemos de temer que sea nuestro Juez en los umbrales de la eternidad? Por consiguiente, terminó la época del temor y la angustia. Cristo nos ha salvado y vive entre nosotros, vive en tu corazón y en tu alma. Gritemos como Pablo entusiasmados: Estad alegres, os lo repito, estad siempre alegres... El Señor está cerca". El Señor está en tu corazón.

## CICLO C

Domingo 4º de Adviento

Lc. 1, 39-45

### De los brazos de María

Seis kilómetros al poniente de Jerusalén se encuentra un pueblo llamado Aín Karim, en las montañas de Judá. Los investigadores modernos creen identificarlo con la tierra de Zacarías e Isabel, a donde se dirigió la Virgen María para saludarlos.

Acontecimientos sobrehumanos y misteriosos sucedieron durante esa visita. De la narración de San Lucas sintetizo los hechos siguientes: Llega María y dirige su saludo a Isabel. En cuanto ésta escucha la voz de su saludo, Juan el Bautista salta de gozo en el seno de su madre y ella recibe la plenitud del Espíritu Santo.

Muchos teólogos creen que en ese momento Juan fue purificado del pecado original y recibió la gracia santificante, así como Isabel fue enriquecida con dones y gracias espirituales extraordinarias. Ahora bien, otorgar la gracia y perdonar los pecados es obra exclusiva de Dios. Sólo Dios es autor de la gracia y sólo El posee la autoridad de perdonar los pecados. Cristo, el Hijo de Dios, a eso vino al mundo: a quitar el pecado y darnos la vida del alma en abundancia. Sí, es Cristo quien perdona y da la vida espiritual y eterna. Pero, hablando en un lenguaje muy humano podemos preguntar ¿y quién llevó a Cristo hasta el caserío de Aín Karim y a la habitación de Zacarías? María, la portadora de Jesús en su seno, ella lo acercó a Isabel y a Juan y el milagro se realizó "En cuanto oyó Isabel el saludo de María". No antes, sino cuando se verifica la presencia y la palabra de María, la madre de Jesús.

Lo que vemos con evidencia que realizó María con Juan e Isabel lo ha hecho también con toda la humanidad. El Verbo Eterno quiso someterse al proceso ordinario de la vida humana



mediante el nacimiento, crecimiento y limitaciones humanas como el hambre, la sed, la fatiga, la tristeza y aun la muerte. Al aceptar recorrer el camino humano, Dios acepta también una madre y escoge a una muchacha de Nazaret, Myriam o María, a quien el ángel llama la llena de gracia. Así entra a colaborar en la grandiosa obra de la redención y se convierte en ayudante o corredentora. Y esto no significa que Cristo tuviera necesidad de ayuda por falta de poder, sino más bien una grande dignación de Dios, que permite y quiere la colaboración de las criaturas en la salvación de sus hermanos. Así, no sólo María sino los Apóstoles, los sacerdotes, los pastores de almas, los educadores y padres de familia, todos modestamente debemos ser colaboradores en la obra de Cristo el Redentor.

Se acerca la Navidad, Cristo viene a nuestra tierra y a nuestras montañas. Que estén francas las puertas del corazón para que El pueda hospedarse y llenarnos de sus dones espirituales. Saltemos de gozo como Juan el Bautista y recibamos a Jesús de los brazos de María su Madre.

*Tiempo de Navidad*





## CICLO C

Natividad del Señor

Lc. 2, 1-14

### Príncipe de la Paz

"¡Qué hermosos sobre los montes, los pies del mensajero que anuncia la paz!" (Is. 52, 7). Esta sencilla y poética exclamación de Isaías qué bien puede aplicarse a Cristo Jesús, quien no sólo anunció la paz sino que puso los fundamentos para que fuera una realidad entre los hombres.

Los grandes problemas de la humanidad vienen siempre de las injusticias, la violencia, la opresión, el odio, las ambiciones. Son los monstruos que trastornan la paz. Por eso el Maestro de Nazaret pone como piedra fundamental de la nueva doctrina el amor. Amor de todos para todos, que llegue y abrace a todos, aun a los enemigos. La fraternidad universal no es un gesto diplomático, sino una realidad basada en que todos somos hijos del mismo Padre que está en los cielos. Así, quien de verdad ama a su hermano: no lo ofende, no lo roba, no lo mata, no lo engaña; por el contrario, lo aprecia en su dignidad de hombre y de hermano y tratará de ayudarlo en todo.

Cristo quiso así resolver en forma radical todos los problemas del hombre. Con el amor se descuajan de raíz todas las injusticias. Con razón se le llama también "Príncipe de la Paz".

Hoy celebramos el nacimiento del Dios Niño que vino a traernos la paz. Paz que primero germina en el alma y de ahí desborda y abraza y alegra a los demás.

El primer mensaje de los ángeles, al nacimiento del esperado Mesías, fue el anhelo de paz para los hombres que ama el Señor, para las almas de buena voluntad. Y el saludo tradicional del Hijo del Hombre era: La paz sea con vosotros. Y después afirmó: La paz os dejo, mi paz os doy. Mas no la doy como la da el mundo.

Esta frase de Cristo amerita una seria reflexión. La paz de Dios no se parece a la del mundo. La del mundo no suele ser más que una tregua entre dos guerras y preparación de un nuevo asalto. Significa a veces la despótica opresión del poderoso sobre los débiles. Se conoce también la paz de las cárceles, del destierro y del sepulcro.

La paz de Cristo se basa en el aprecio y estimación del prójimo, en el respeto a la dignidad de la persona humana, en el cumplimiento franco de la justicia y en el mandato evangélico del amor a nuestros hermanos.

Sí, Cristianismo es paz y amor, pero a condición que tan sublime doctrina no duerma en teologías y bibliotecas, sino que viva encarnada en los hombres concretos de la historia. Y ahí está la tragedia: que tan sólo hemos practicado una visión superficial del cristianismo sin llegar a asimilarlo en sus esencias fundamentales. El precepto divino: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" sería suficiente para cambiar la faz de la tierra y la historia universal.

Hermano, que la celebración de la Navidad no se reduzca a ciertas tradiciones sentimentales: tarjetas, regalos, luces y glotonerías.

Recuerda que si El es Príncipe de la paz, nosotros tenemos que ser soldados y constructores de la paz, y que si en el mundo no hay paz es porque los cristianos no hemos sido auténticamente cristianos.

## CICLO C

Domingo después de Navidad

Fiesta de la S. Familia

Lc. 2, 41-52

### Hermanos de Cristo

En conformidad con las costumbres judías, José y María iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús cumplió 12 años subieron a la fiesta y el niño se quedó en Jerusalén sin saberlo sus padres. Cuando varios días después lo encontraron entre los doctores en el templo, El les dijo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?... Bajó con ellos a Nazaret y vivía sujeto a ellos".

Este episodio de la infancia de Jesús nos manifiesta varias y profundas enseñanzas. Una es que, para hacerse hombre y habitar entre nosotros, el Verbo Eterno aceptó nacer y vivir en el marco de un hogar, de una familia. Esta decisión de Cristo consagra y santifica la institución familiar, célula primitiva, fuente y origen de todas las sociedades, anterior al Estado y a la misma Iglesia.

El matrimonio tiene un sentido sagrado, porque aun cuando surge de la alianza libre y amorosa de los esposos, esa alianza es bendecida, confirmada y sellada por Dios. Así lo aseguró Cristo a los fariseos: "Lo que Dios unió, no lo separe el hombre".

Esta unión indisoluble es necesaria para el bienestar no sólo de la pareja, sino principalmente de los hijos y aun del resto de la sociedad. Donde la familia es fuerte y sana, toda la nación es próspera y vigorosa.

Una de las nobles y hermosas prerrogativas que Dios ha concedido al hombre es la facultad de engendrar un hijo. Por esta facultad el hombre se parece a Dios Creador y Padre. Por eso la Iglesia ha visto con grande respeto y veneración el santuario conyugal y exige para él dignidad, santidad y nobleza.



Otra verdad que aprendemos en las palabras de Cristo es que también tenemos otra familia en el cielo, superior y de mayor trascendencia que la humana y terrena. El nos dice: Debo ocuparme de las cosas de mi Padre.

Bien sabemos que es Dios y Hombre simultáneamente y por eso nos recuerda que tiene un Padre en el cielo a quien debe obedecer antes que a los de la tierra. Sus asuntos e intereses sobrepasan y superan a todas las responsabilidades temporales y terrenas. Se manifiesta así su conciencia de Hijo de Dios y quiere que también el mundo lo reconozca como tal. Ese niño que aparece en las calles y plazas de Nazaret como el hijo del carpintero es también el Hijo de Dios.

También la familia humana tiene un Padre en el cielo cuyos intereses y mandatos deben ocupar el lugar supremo en sus responsabilidades cotidianas. La familia humana está ordenada y subordinada a la Divina. Deber suyo es ordenar los asuntos temporales, de modo que nos conduzcan a la integración y participación de la compañía de nuestros hermanos en el cielo. Vemos aquí la trascendencia de la familia y del matrimonio que no es un simple contrato bilateral sino una sublime vocación que trasciende hasta la eternidad.

Los hijos no son simples datos para la estadística o la demografía, sino hijos de Dios y herederos de su gloria, hermanos menores de Cristo que los espera en su Reino.

## CICLO C

Festividad de María Madre de Dios

Lc. 2, 16-21

### Madre y Colaboradora de Jesús

En las páginas de la Biblia y a lo largo de la historia del hombre se ha manifestado con evidencia que Dios no quiere hacer todo él solo, ni en el mundo material ni en el espiritual.

En lo que se refiere a la redención y a la vida sobrenatural, el Señor se ha valido de sus propias criaturas como colaboradoras de su tarea salvífica. Ya desde el amanecer de los tiempos anuncia la intervención de una mujer en la batalla contra Satán (Gen.3, 15). Por medio del profeta Isaías predice que "una virgen dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel (Is. 7,14 y Miq. 5, 2).

En el Nuevo Testamento se confirma que fue María la virgen que nos trajo al Emmanuel (Mt. 1, 22 ss.) quien, para habitar entre nosotros, tomó carne y sangre de la doncella nazaretana.

Ella estuvo al lado de su Hijo en el pesebre de Belén, en el destierro egipcio, en la vida familiar de Nazaret, en las bodas de Caná, guardando en su corazón las palabras de su Hijo y también a la sombra del árbol de la cruz, el árbol de la vida. La maternidad de María trasciende lo natural y fisiológico y se remonta al mundo misterioso de lo mesiánico, o escatológico y divino: mundo de fe, perdón, justificación, gracia, filiación divina y participación de la gloria de Dios.

Por ser la madre de Jesús, María ha colaborado estrechamente en la obra mesiánica de la redención; puede afirmarse que ella proveyó la víctima para el sacrificio de la cruz y, como Abraham o más que Abraham, ofreció su Hijo al Padre por los pecados del mundo.

La figura excelsa de María adquiere su estatura gigantesca, por el singular privilegio de ser la Madre de Jesús o sea la madre de Dios.

De nuevo será útil precisar que su culto y devoción están unidos y subordinados a la persona de Cristo. No es un culto aparte cual si se tratara de una competencia, cisma o substitución. En la doctrina católica jamás se ha pensado algo semejante.

Hermanos, ofrezcamos a Dios un homenaje de gratitud y alegría por haberse dignado tomar de entre nosotros la mujer que sería su madre. Y que su devoción nos conduzca a la confiada invocación de su nombre, al amor y veneración de su persona y a la imitación de sus virtudes. Los hijos se parecen a sus padres: pues bien, hermanos, trabajemos por parecernos a María en sus virtudes y sigamos la huella de sus pasos, y como los pastores "encontraremos al Niño con María su madre".



CICLO C  
Epifanía  
Mt. 2, 1-12

### Tu estrella

"Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres" (Hb. 1, 1), a unos por medio de sueños, a otros dirigió la palabra directamente, a otros envió sus ángeles y profetas. Sí, Dios posee la facultad de comunicarse con nosotros de muy diferentes formas.

Para los sabios astrólogos del oriente, más conocidos como los Reyes Magos, cuya festividad celebramos hoy, el lenguaje de Dios fue una estrella. Ellos comprendieron los signos y el mensaje de Dios, lo supieron captar, interpretar y obedecer. No es suficiente escuchar y comprender la voz del Señor, es indispensable seguirla y practicarla.

Dóciles y diligentes se lanzaron por los caminos desconocidos a la luz de la estrella prodigiosa y encontraron a Jesús que es salvación.

También Herodes oyó la voz de Dios, pues los ilustres viajeros preguntaron: "¿Dónde está el recién nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella y hemos venido a adorarlo". Y luego los escribas y sacerdotes le precisaron el lugar de nacimiento con la profecía de Miqueas, que dijo: "Y tú Belén, tierra de Judá, no eres en manera alguna la menor entre las ciudades ilustres de Judá, pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel" (Miq. 5,1).

Y en el capítulo 60 de Isaías pudo leer: "Te inundará una multitud de camellos y dromedarios procedentes de Madián y de Efá. Vendrán todos los de Sabá trayendo incienso y oro".

¿Qué más necesitaba Herodes? La voz de Dios se le manifestó por medio de los sabios peregrinos, de los sacerdotes y

escribas y de los sagrados libros de los judíos. Y sin embargo, no sólo no creyó sino que persiguió al Mesías y Rey de Israel.

Dios nos habla también a nosotros, cristianos del crepúsculo del siglo veinte; una estrella brilla con claridad como signo y voz del Señor: Nos habla por medio de su Iglesia, de las Sagradas Escrituras, de la conciencia, de la historia y de los acontecimientos. Nos presenta a su hijo Jesucristo como el Redentor, camino de Salvación, revelación de la verdad y fuente de vida: vida de fe, esperanza y amor; vida de gracia y virtud, y, finalmente, vida gloriosa en la eternidad.

Amigo, tú también tienes una estrella a la vista, un signo y una voz celeste que te invita. No reacciones con primitivos instintos herodianos, ni con fría indiferencia ante el Amor; sino que, a imitación de aquellos santos caballeros responde con grande fe, con diligencia y alegría en las cosas de Dios y con una impaciente preocupación de comunicar las verdades evangélicas a los demás.

Sigue tu estrella y entrégale al Dios Niño de Belén el oro de tu vasallaje voluntario, el incienso de tu adoración profunda y la mirra del dolor humano. Como los Santos Reyes, reconoce en Jesús a tu hermano, a tu Rey y a tu Dios.

## CICLO C

Domingo 2º después de Navidad

Jn. 1, 1-18

### La Palabra encarnada

Los griegos llamaron al Hijo de Dios el *Logos* y los latinos el Verbo. Ambos términos significan el fruto del entendimiento, es decir, la idea, el pensamiento, el concepto. Mas el concepto es algo interno que se da a conocer al exterior por medio de la palabra. Por eso en castellano le llamamos la Palabra al Hijo de Dios.

No es fácil captar el ser y la personalidad del Hijo de Dios con el término Palabra, porque entre los hombres la palabra es tan sólo una acción pasajera y efímera, un sonido que se pierde en el aire, su existencia es fugaz.

Mas en Dios es diferente. Su Palabra es substancial, es una substancia y no una simple acción, es de la misma naturaleza que el Padre, tiene vida y subsistencia, es una persona. En otras palabras, el Padre engendra intelectualmente, es por la vía del entendimiento que el Padre engendra a su Hijo. El Hijo es como la Sabiduría del Padre, su pensamiento o concepto, y cuando ese concepto se manifiesta al exterior se convierte en la Palabra revelada al mundo.

No es pues extraño que ya en el Antiguo Testamento Ben Sirá personificara la Sabiduría y la hiciera hablar así en el libro Eclesiástico: "Yo salí de la boca del Altísimo y cubrí como niebla la tierra. Sola recorrí la redondez del cielo, todo pueblo y nación era mi dominio. Venid a mí los que me deseáis, que mi recuerdo es más dulce que la miel".

Vemos como dice la Sabiduría: Yo salí de la boca del Altísimo, es decir, es la Palabra de Dios.

San Juan nos presenta este mismo tema en el principio de su evangelio, ya ampliado y perfeccionado con la revelación de



Cristo. Oigamos la Buena Nueva: "En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba en Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo carne y habitó entre nosotros... Y a todos los que la recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios".

He aquí, mis buenos amigos, la manifestación del misterio que había permanecido oculto durante siglos. La Sabiduría de que hablaba Ben Sirá es nada menos que el Hijo de Dios. Pero lo más hermoso y lleno de ternura para la humanidad es que esa Sabiduría increada, esa Palabra del Padre, se dignó hacerse hombre para convivir con nosotros. Ese pequeñín que se oye llorar por el caserío de Belén, sujeto a las fragilidades y miserias humanas y que necesita de la protección de José y María, es la Sabiduría eterna, es el Hijo de Dios, es la Palabra humanizada, encarnada.

Por eso la misión de Jesús fue hablar, predicar, dar testimonio de la verdad, lanzar la palabra por la rosa de los vientos, enviar a los apóstoles a repetir su pregón evangélico por todos los rumbos del orbe.

También nosotros debemos gritar sin tregua el mensaje de Jesús y convertirnos, en cuanto sea posible, en palabra viva de Dios.

## CICLO C

Domingo 1º durante el año

Lc. 3, 15-22

### Espíritu y fuego

A todo mundo sorprende la humildad de Jesús que se acerca como cualquier pecador a pedir el bautismo que Juan impartía en el Jordán. ¿El que viene a quitar el pecado del mundo, humillarse cual si fuese un pecador? Pero Dios Padre lo glorifica gritando desde las nubes: "Este es mi Hijo amado". Y el Espíritu Santo se posa sobre El visiblemente y el Bautista lo presenta al mundo asegurando: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

Así, con el testimonio del Padre, del Espíritu Santo y del Bautista, Cristo se lanza a su misión profética. La misión de los profetas era muy variada y su personalidad recia y distinguida. Es ante todo el que habla en nombre de Dios, con una fuerza incontenible, es fiel intérprete de lo que oye del Señor o ve en alguna visión. El profeta es elegido directamente por Dios de cualquier tribu o familia. Es el que enseña el culto del verdadero Dios, instruye en las normas morales y obligaciones para con Dios y con los hermanos. Señala con valentía los vicios y errores del pueblo y aun de los reyes, sacerdotes y poderosos de su tiempo. Por eso muchos murieron a manos de los grandes de la tierra.

El profeta ilumina las promesas del Señor y siembra la fe y la esperanza en los corazones nobles y piadosos. En la Sagrada Escritura reciben los nombres de boca de Dios, videntes, centinelas, atalayas, custodios, vigías, pastores, varones de Dios, siervos y ángeles del Señor.

Cristo destaca en la historia del profetismo, no como uno de tantos, sino como "El Profeta", es decir, como el prototipo y principal de los profetas. Cumple su misión en forma extraordi-

naria: Instruye al pueblo sobre las verdades trascendentales del Reino de Dios, enseña el culto auténtico "en espíritu y en verdad" que quiere el Padre, presenta las promesas de la vida venidera y siembra la fe, la esperanza y el anhelo de la vida eterna.

Fustiga con garbo los crímenes de los poderosos, descubre la hipocresía de los dirigentes ciegos, acusa a quienes ni entran en el reino, ni permiten entrar a los demás; es duro y recio con el soberbio y es manso y misericordioso con el pecador arrepentido. Defiende al pobre, cura al enfermo, ayuda y protege al débil, así como denuncia la podredumbre y gusanera de los sepulcros blanqueados.

Su bautismo en las riberas del Jordán constituye el lanzamiento de su vocación profética. Cristo es el gran profeta del mundo y de todos los tiempos.

Hermanos, también nosotros hemos sido bautizados en el Espíritu de Cristo y en el fuego del sacramento. ¿Por qué entonces no nos requema y nos impele a gritar el pregón evangélico por los flancos de la tierra? Oigamos el anhelo de Jesús que nos dice: "Fuego he venido a traer a la tierra, ¿Y qué he de querer sino que arda?" Enseñemos al que no sabe, comuniquemos fe, amor y esperanza a este mundo incrédulo, construyamos la justicia, sembremos caridad, inundemos de luz las veredas del cielo.

Bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego de la gracia todos debemos ser profetas del Reino celestial.

*Tiempo de Cuaresma*





## CICLO C

Domingo 1º de Cuaresma

Lc. 4, 1-13

### Dos reinos

El relato de las tentaciones de Jesús en el desierto nos brinda la oportunidad de meditar muy a fondo sobre la guerra entre el reino de Dios y el de Satanás.

Jesús, además de ser Dios, es hombre real, tan hombre como todos los mortales. Por eso experimentó la tentación de parte del maligno. Para cumplir su misión le propone un método fácil, eficiente y muy cómodo: unos cuantos milagros, pero ejecutados con más estrategia y publicidad. Conseguiría lo mismo y se ahorraría los ayunos, la penitencia, la oración, el calvario y la muerte. Toma el pedregal del desierto y conviértelo en pan, arrójate del templo y vendrán los ángeles a recibirte, como está escrito, y el pueblo todo creerá que eres el Mesías y el Hijo de Dios. ¿Vienes a reconquistar los reinos del mundo? muy sencillo, yo te los entrego todos si postrándote en tierra me adoras.

A cada proposición satánica, Jesús responde con la enseñanza divina. No sólo de pan vive el hombre. Yo he venido a enseñarle y darle una vida nueva, espiritual, sobrenatural y eterna, cuyo alimento es la palabra, la fe y la gracia que viene del Padre. El espectáculo maravilloso de una legión de ángeles recibiendo al Mesías en los atrios del templo, no estaría mal para un cirquero o un mago. Pero el Mesías venía a cumplir la voluntad del Padre, voluntad de sacrificio, abnegación, humillación, cruz y muerte.

Finalmente el tentador se desenmascara y, a cambio de los reinos del mundo, su fama, sus riquezas y su gloria, le pide nada menos que el homenaje de adoración. Cristo entonces lo rechaza con energía diciéndole: "Apártate Satanás, pues está escrito: 'Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás'".

El demonio sigue tentando a los hombres poniéndoles el camino fácil y cómodo: conseguir el pan, la riqueza, la abundancia de bienes materiales, mas no por el camino honrado del trabajo y la justicia, sino mediante el fraude, el engaño, la opresión y la violencia. También es una equivocación fatal gastarse la vida en el afán de acumular riquezas, aun cuando fuere por las vías de la honradez. Por eso Cristo sigue gritando al mundo: "No sólo de pan vive el hombre".

El demonio siempre ha querido ser como Dios y por eso ansía la adoración de las criaturas. Ofrece la gloria, el poderío, la fama y el reino mundano, pero en realidad esclaviza e indirectamente obtiene la sumisión y obediencia de los pecadores. En el fondo, las tentaciones del hombre no son sino una continuación de la guerra entre el bien y el mal, entre el reino de Dios y el de Satanás. Dios nos llama a su reino por los senderos de la humildad, la abnegación, el desprendimiento de la riqueza, la oración, la penitencia y la obediencia a sus mandatos. Satán nos alaga con la comodidad, la sensualidad, la riqueza y nos aparta de la obediencia a los mandamientos divinos.

En esa guerra que se libra en tu alma no te pongas de parte del demonio, arrójalo lejos y acércate a Dios, para que triunfes y puedas vivir en su Reino.

## CICLO C

Domingo 2º de Cuaresma

Lc. 9, 28-36

### La tercera Transfiguración

Nos recuerda la Iglesia, en este segundo domingo de Cuaresma la transfiguración de Jesús en el monte Tabor, cómo dejó entrever a los ojos materiales el esplendor de la Divinidad.

Pero hoy, mis buenos hermanos, me atrevo a presentar a su consideración varias transfiguraciones de Cristo. La primera y más trascendente fue la de Belén: siendo Dios infinito, todopoderoso, eterno e inmenso, se transfiguró en hombre débil, pequeñito, sujeto al hambre, la sed, la fatiga y la muerte. Para que lo pudiéramos ver y palpar, para escuchar sus enseñanzas de sus propios labios, para deponer el miedo sinaítico y conquistar el amor y la confianza de un padre y amigo, El se transformó en un niño gracioso y delicado. El Verbo se hizo carne.

La segunda fue la del Tabor: el Hijo del hombre, cuya apariencia mostraba tan sólo la humanidad con todas sus debilidades, se transfigura por unos momentos y permite ser contemplado como "El Hijo de Dios". Los apóstoles observan lo divino, lo sobrenatural, oyen la voz del Padre Eterno, ven a Elías y a Moisés conversando con el Maestro, viven un momento de cielo y Pedro propone quedarse allí.

Pero hay otra transfiguración que no hemos creído, a pesar que el mismo Jesús nos la ha narrado con insistencia, es la transfiguración de Cristo en los pobres y necesitados, en los pequeños de este mundo. Pequeños de salud como son los enfermos, pequeños en bienes materiales como son los pobres, pequeños de cultura y bienestar. Y no pensamos que se trata de una comparación ingeniosa o de una figura literaria nada más ¿qué no hemos leído y reflexionado lo suficiente sobre aquella expresión del Señor: "Lo que habéis hecho con uno de estos



pequeños conmigo lo habéis hecho"? Y a Saulo, en las veredas de Damasco, no le reclama por qué persigue a sus discípulos, sino que con toda claridad se queja ¿por qué me persigues?

Esta transfiguración del Maestro en cada pordiosero y en cada necesitado es de tal importancia que la entrada al reino de los cielos, y el mismo juicio final, están subordinados a la fe en esta nueva presentación o figura del Señor. En efecto, El mismo sentenciará en aquel día tremendo: "Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve encarcelado y enfermo y me visitasteis... Porque en verdad os digo que lo que hicisteis con uno de mis pequeños conmigo lo habéis hecho".

¿No vemos pues con evidencia que Cristo ha tomado la forma de limosnero, de enfermo, de jefe de familia sin trabajo, de anciano despedido de su empleo, de viuda sin patrimonio, de campesino inculto sin rumbo y sin esperanza, de peón y bracero desesperado?

Pedro, Juan y Santiago se extasiaron ante la visión de lo Divino y reconocieron a Jesús en la sublimidad gloriosa de su categoría de Hijo de Dios.

Nosotros, encendiendo vivamente los ojos de la fe, ¿no reconoceremos a Cristo transfigurado en un hermano que toca a mi puerta, en busca de comprensión y ayuda?

## CICLO C

Festividad de San José

Mt. 1, 16-20

### El silencio de José

Ninguno de los evangelistas nos ha conservado ni siquiera una expresión de José, el esposo de María. Los mensajes recibidos en el sueño, la obediencia sumisa y diligente, su vida al servicio de Jesús y María, su acatamiento a los designios de Dios: todo en silencio, todo sin una palabra. ¡Qué espectáculo estupendo! ¡Qué ejemplo para el mundo charlatán!

La palabra es una forma de comunicación de las profundidades del alma, es la manifestación exterior del pensamiento interno. Sí, pero no es la única ni la más importante. Los hechos y actitudes del hombre, las reacciones en el diario acontecer, las relaciones interpersonales y la existencia toda, son también formas vivas de comunicación y expresión del alma.

A quien habla mucho y realiza poco le llamamos charlatán; quien mucho promete sin cumplir está engañando; el maestro que pretende enseñar sin poner el ejemplo, es un fariseo.

José pertenece a la noble stirpe de los que saben cumplir sus más grandes responsabilidades en silencio, de los que trabajan callados, de los que obedecen sin críticas ni comentarios.

Recibido el mensaje divino, acepta a María sin discutir ni pedir más aclaraciones. Emprende, sin protestas ni lamentaciones, aquel fatigoso viaje de Nazaret a Belén, por acatar la orden de Augusto, el emperador romano. Con dolor acepta un establo para cuna del Mesías, con íntima alegría escucha las narraciones y cantos de los pastores, se embelesa con la aparición de los ángeles, se admira con los sabios del oriente: todo lo vive intensamente, pero en silencio. No hay griterío ostentoso en la alegría, ni hay quejas en las penas.

Su trabajo es callado, eficaz y meritorio. Su obediencia sin réplica lo enaltece y lo asciende al honor de padre legal y adoptivo del Mesías prometido desde los tiempos patriarcales.

Mas el silencio del Patriarca no indica apocamiento o pasividad negativa, ya que los hechos demuestran lo contrario. Baste como muestra imaginar cómo viviría en Egipto, país extraño, lengua desconocida, ningún pariente ni amigo... y, sin embargo, salió adelante con problemas económicos, sociales, etc.

Cierto, sus labios callaron sin legarnos una palabra, pero sus manos laboriosas tejieron un canto al deber, al trabajo constante y alegre, a la obediencia diligente y dócil, a la dedicación al servicio de la familia. José cumple su misión, enfrenta su deber, responde a Dios con los hechos y con su existencia íntegra hasta la muerte.

¡Qué formidable ejemplo para los estadistas responsables de los destinos de los pueblos! ¡Para los medios de comunicación que tanto hablan sin provecho de nadie!

Aprende, hermano, a pensar tus palabras. Que en balance de tu vida encuentre el Señor una abundancia de bellas obras de virtud, como en José, el silencioso trabajador de Nazaret.



## CICLO C

Domingo 3º de Cuaresma

Lc. 13, 1-9

### Ultima oportunidad de la higuera

El dueño y Señor de todo cuanto existe, desilusionado y enfadado de mi, ordenó al hortelano: "Corta esa higuera inútil, ¿para qué ocupar la tierra en vano?". Pero Cristo intercedió por mi ante el Padre de los cielos: "Concédele otro año, voy a aflojar la tierra y a echarle abono... a ver si da fruto". 20 años han transcurrido o quizá 40 ó 50 y esta higuera negligente hasta el extremo no ha fructificado como Dios, la Iglesia y mis hermanos esperaban. ¡Cuánta gracia de parte del Divino Hortelano: la fe, el conocimiento de la revelación, los sacramentos, los consejeros y buenos amigos! ¡Cuánto abono sobrenatural! Y la higuera frondosa de vano follaje, verde de superficial apariencia, alta de vanidad y presunción, pero sin frutos.

Cada año retorna en la rueda de la vida el clima primaveral de la cuaresma. También en los jardines espirituales es primavera: la poda de ramas secas y brotes superfluos, mediante una severa penitencia y arrepentimiento. El abono de la palabra de Dios y la oración, el rocío de la gracia, la floración perfumada y la riqueza de la cosecha. Ah, pero esta higuera necia y dura de corazón lleva muchas cenizas en la frente, pero ninguna conversión definitiva al infinito, muchos viacrucis en los templos, pero reniega de cargar su propia cruz; mucha lástima y conmiseración por el Cireneo, mas no ayuda a nadie a alivianar su carga por el camino de la vida; escándalo y angustia por Cristo despojado, pero no se despoja de nada por los demás; dolor y llanto frente al crucificado, pero rehuye todas las cruces.

¡Higuera mala, enraizada en el pecado, embriagada de pereza espiritual! Y Cristo con los brazos abiertos defendiéndome

y repitiéndole al Padre justiciero: "Déjala otro año a ver si da fruto".

La parábola de Jesús se va cumpliendo y encarnando en cada una de estas higueras, que ocupan inútilmente la surcada, desperdician la savia de la tierra y contristan al hortelano.

La Cuaresma es una nueva clarinada, es un grito de alerta, una suave llamada de Dios. Cristo nos espera con increíble paciencia. No lo hagamos esperar tanto, no lo hagamos desesperar.

En el surco abierto del corazón ha caído la semilla evangélica, hace muchos años Cristo le ha enviado el rocío mañanero de su gracia y la fecundidad del Espíritu Santo. ¿Por qué entonces esta tierra labrantía prolonga su esterilidad?

Muy sencillo. Porque lo poco que nos corresponde hacer no lo hemos hecho. Obedecer su palabra, caminar de su mano, seguir su huella, seguirlo a El.

Una vez más, Jesús ruega a su Padre diciéndole: "Deja esta pobre higuera otro año a ver si da fruto". Pero, cuidado hermanos, que puede ser el último.

## CICLO C

Domingo 4º de Cuaresma

Lc. 15, 1-32

### El muerto que volvió a la vida

"Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela; ponedle un anillo en su mano y sandalias en los pies; traed el becerro gordo y matadlo. Comamos y hagamos fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezó el banquete".

Así recibió aquel padre bondadoso de la parábola al hijo manirroto y pecador. Su corazón espiaba su retorno cada noche y sus ojos cansados oteaban el horizonte al atardecer; hasta que un día el galope jubiloso del corazón le advirtió su llegada: "Lo vio y se enterneció profundamente. Corrió hacia él y echándole los brazos al cuello, lo cubrió de besos".

He aquí una imagen de la bondad de Dios hacia el pecador que Cristo quiso plasmarnos en las parábolas de la misericordia, como son la oveja y la dracma perdidas y el hijo gastador.

Quiero el día de hoy, mis buenos amigos, comunicarles algunas reflexiones sobre la segunda parte de esta maravillosa parábola, o sea, sobre la actitud de Dios cuando el pecador regresa con arrepentimiento y humildad.

Ante todo es de notar que el muchacho, después de recibir la herencia, abandona la casa paterna cuando quiere y regresa cuando quiere. Nadie lo corrió ni le cerró los portones del hogar. Tampoco Dios corre a nadie de su presencia ni le niega la entrada de la reconciliación. Somos nosotros quienes lo abandonamos por el pecado, libre y culpablemente nos alejamos por las veredas del mal. Con dolor contempla nuestra partida, pero no la impide porque respeta nuestra libertad. Mas siempre espera y anhela el retorno. Dios siempre quiere perdonarnos, si no lo hace es porque no lo pedimos ni lo deseamos. No nos perdonará a la



fuerza o contra nuestra voluntad. Si hay alguien que respete la libertad ajena, ese es Dios. Quiere El la fe del incrédulo y del ateo, mas no a la fuerza; desea el arrepentimiento y la enmienda del pecador, pero con espontaneidad y por su propio paso. De ahí que Dios no perdona cuando El quiere sino cuando nosotros queremos. Nosotros lo hacemos esperar cinco, diez o veinte años, pero en cuanto imploramos su misericordia, El no nos hace esperar, sino que con bondad y alegría nos perdona al instante. ¡La paciencia de Dios me está esperando, hasta que yo buena-mente quiera!

La capa de besos y el abrazo gigante significan el amor de Dios hacia el hijo que vuelve de la tumba. Ni un solo reproche, ni un regaño, sólo el gozo del hijo resucitado. Y en la euforia de la alegría viene la vestidura de la gracia, el anillo de la fidelidad -porque Dios nunca nos falla- y la fiesta del amor paterno. ¿Cuándo nos imaginábamos poder proporcionar a Dios y sus ángeles una alegría?

Hermanos, ¿por qué no declaramos fiesta universal en el cielo? Abandonemos los cerdos y sus comidas, levantémonos de la postración pecaminosa y vayamos de nuevo a nuestro Padre. Y resonarán los clarines festivos en el continente celestial, por este pobre muerto que vuelve a la vida.



## CICLO C

Domingo 5º de Cuaresma

Jn. 8, 1-11

### ¿Tú qué dices?

Al abrigo de años olivares Jesús se pasó la noche en íntima oración con su Padre del cielo. Con las luces del amanecer se dirigió al templo, donde la fauna farisaica ya afilaba el odio y colocaba la trampa.

Hasta el atrio del templo condujeron a una mujer sorprendida en adulterio y, con la satisfacción de la victoria en el rostro, le dispararon al Maestro esta cuestión: "Moisés nos manda en su ley apedrear estas mujeres. ¿Tú qué dices?". Tratan de enfrentarlo con la Ley, con Moisés, con los viejos y sagrados libros. Mas él, rostro erguido y voz de autoridad, sentenció: "El que de vosotros se encuentre sin pecado, que arroje sobre ella la primera piedra". Y esa voz ha tramontado todos los horizontes y los siglos y sigue azotando a puritanos e hipócritas de todos los tiempos.

Antaño, el joven Daniel defendió y libró a la inocente Susana de las garras de los jueces perversos. Cristo va más allá y defiende a la acusada no sólo del pedrisco, sino que la libra de su propio pecado. Susana era inocente y fue librada de la muerte corporal; ésta era culpable y fue perdonada y purificada de su pecado y librada de la muerte del alma.

Es de advertirse que Cristo no rechaza la ley ni encubre el pecado de la mujer, tan sólo exige una condición que descubre la carroña moral de los acusadores. Y a la mujer, una vez perdonada con bondad y misericordia le advierte paternalmente: "Yo tampoco te condeno, vete y no peques más".

Al meditar este hermoso episodio de la vida de Jesucristo corremos el riesgo de adjudicarlo todo a los tiempos aquellos y quedarnos nosotros sin nada. ¿Qué no somos también nosotros exigentes acusadores de nuestro prójimo?

La ley de la costumbre exige separar de la amistad y del trato a la muchacha que ha cometido una falta grave. ¿Tú qué dices?

La dignidad y honradez de la familia exige que se le corra de casa "como si se hubiera muerto". ¿Tú qué dices?

Al hijo drogadicto y alcohólico, al vago y desorientado, cerrarle las puertas para que aprenda cómo se gana la vida. ¿Tú qué dices?

La ley permite despedir a obreros y empleados en algunas circunstancias. ¿Tú qué dices?

La reglamentación de préstamos hipotecarios autoriza a quedarme con esta casita y estos lotes, dentro de la legalidad. ¿Tú qué dices?

El cliente no ha pagado tres abonos y, conforme al contrato, pierde la mercancía y los abonos. ¿Tú qué dices?

¡Ay hermanos, la lista sería interminable! Pero, ¿nos hemos puesto a considerar qué diría Jesús? ¿No oyes en tu conciencia su respuesta?

¡Cuidado! No vaya a suceder que el dedo de Dios escriba en las arenas de nuestro destino la sentencia condenatoria.

Mejor será que, imitando la bondad y misericordia de Cristo digamos al prójimo: "Yo tampoco te condeno".

*Semana Santa*





## CICLO C

Domingo de Palmas

Lc. 19, 28-40

### Fe y Palmas

A los fariseos mezclados entre la multitud del domingo de ramos les molestó el griterío mesiánico del pueblo entusiasmado. "Maestro, reprende a tus discípulos". Le dijeron con severidad. Mas él respondió: "Os aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras".

Niños y adultos gritaban: "Bendito el que viene en nombre del Señor, hosana al hijo de David". Estas aclamaciones equivalían a reconocerlo y aceptarlo como el Mesías esperado y como los fariseos no lo aceptaban, por eso exigían silencio.

Zacarías había escrito: "He aquí que tu Rey llega a ti lleno de mansedumbre, montado sobre un burrito". Hoy se cumple tal vaticinio entre gritos de la chiquillería y jubiloso batir de ramos de olivo y de palmera. Aunque se dice que se trata de la entrada triunfal de Cristo a Jerusalén, es de advertirse la humildad y sencillez del acontecimiento: montado en un burrito, seguido de niños y gente pobre, sin influencia ni poderío alguno. Es el profeta destinado a la muerte y no el rey temporal y militar que esperaban aun sus fieles seguidores. Discípulos y amigos lo abandonaron y traicionaron esa misma semana.

¿Entrada triunfal? Sí, pero no se trata de la victoria del político o del guerrero, del vencedor vengativo o del poderoso dominante. Es el triunfo de la humildad y de la obediencia al Padre Celestial, aunque ésta lo conduzca a la tragedia de la cruz. Mientras por las calles florecen los vítores y hosanas, mientras ondean los renuevos de palmas y olivos, ojos fariseos atisban por los ventanales y deciden su muerte.

Dos milenios han pasado y otra vez, en este hermoso domingo primaveral, Cristo regresa al mundo vestido de sencillez y

humildad. Más de mil millones de fieles le reciben con alegría y por las calles de la humanidad resuena el "Hosana al hijo de David, Bendito el que viene en nombre del Señor". De nuevo sus amigos ondean las palmas de la esperanza y los olivos de la fe y el amor. Mas también ahora, tras los ventanales de una pseudo ciencia y de un humanitarismo ateo, atisban los enemigos que se molestan por los clarines gozosos de la cristiandad y quisieran imponer silencio y olvido en torno a Cristo. Como no lo pueden crucificar de nuevo, se ensañan contra su Iglesia, su doctrina y su obra.

Te invitamos, buen amigo, toma tu palma que significa adhesión y fidelidad al Maestro, militancia alegre en sus filas; toma tu ramo de olivo que simboliza el triunfo del espíritu sobre la materia. Clamay bate palmas a su paso, pues queremos seguirlo en su doctrina, en su espíritu y en su estilo.

El viene a buscarte, no te escondas ni avergüences de El, para que El no se vaya a avergonzar de ti cuando te presentes ante el Padre Celestial.

Grita tu fe y tu esperanza ante el mundo desesperado e incrédulo y síguelo, síguelo hasta las puertas de la eternidad.

## CICLO C

En la Cena del Señor

1Co. 11, 23-26

### Sacerdocio nuevo

"Llega la hora -ya estamos en ella- en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad" (Jn. 4, 23). Con esta declaración Cristo anunciaba un cambio sustancial en el culto al Señor.

Jesús, cuya genealogía se remonta al padre Abraham por la línea de David y de Judá, no pertenecía a la "casa de Aarón", no era un levita y, por consiguiente no participaba del sacerdocio levítico del pueblo de Israel. Este hecho no es casual, sino plenamente intencional para evitar confusiones, ya que Dios quería fundar un sacerdocio nuevo y diferente. Y así Cristo no es sacerdote por abolengo patriarcal sino por su propia naturaleza, por ser el Hombre-Dios. Si la función primordial del sacerdocio consiste en la mediación entre la divinidad y la humanidad, ¿qué mejor mediador que aquel que es hombre y Dios simultáneamente?

El no necesitaba de ceremonia, sacramento, imposición de manos, designación del pueblo o linaje levítico. El nació sacerdote, lo trae por naturaleza y perdurará para siempre (Heb. 7, 20-25).

Pero, he aquí otra maravilla, Jesús quiso participar su sacerdocio, el de la nueva alianza, a la criatura humana, a pesar de su debilidad y fragilidad. Le confirió las facultades esenciales de su cargo: predicar la palabra de Dios (Mt. 28, 19), perdonar los pecados (Jn. 20, 22-23), ofrecer el sacrificio nuevo anunciado a la samaritana (Mt. 26, 26-29 y 1Co. 11, 23-26) y gobernar al nuevo Israel (Mt. 16, 19 ss.).

Esta sorprendente participación no implica una impotencia, debilidad o necesidad de ayuda de parte de Cristo. Dios no



necesita de nosotros, sino que nosotros somos los que necesitamos de Dios. Si Jesús asocia al hombre en la obra sublime de la redención es por pura bondad y magnanimidad.

Tampoco significa que todo sacerdote sea un santo o un querubín inmaculado. La categoría sacerdotal dimana de las facultades que Dios le otorga al través de su Iglesia y no de su santidad personal. Puede existir un cristiano muy santo pero sin las facultades sacerdotales, así como puede darse un sacerdote pecador sin que por eso pierda su rango y carácter sacerdotal. Ya en lo personal dará cuenta al justo Juez de su vida y obras.

El sacerdocio conferido a sus apóstoles no era para un breve tiempo, sino para todo lo largo de la historia humana, ya que El les dijo: "Haced esto en memoria mía" y siempre que coméis este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva" (1Co. 11, 25-26).

Si exceptuamos los milagros y el poder sobre los elementos naturales, el sacerdote puede hacer todo lo que Cristo hacía por el reino de los cielos. Con razón se le ha llamado "otro Cristo", sacerdote significa don sagrado, regalo santo.

Hermanos, si meditamos en la grandeza de este don divino, de este regalo celestial, experimentaremos la necesidad de una inmensa gratitud al Señor. Hoy conmemoramos la institución del nuevo sacerdocio al estilo de Melquisedec, llenemos nuestro corazón de gratitud y amor por este don sagrado, por este regalo divino.



CICLO C  
Viernes Santo  
Mt. 26, 38

### La otra Pasión

"Pilatos ordenó que tomaran a Jesús y lo azotaran. Los soldados tejieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. Se apoderaron de Jesús, él mismo llevaba la cruz a cuestas y salió a un lugar llamado la Calavera. Y Pilatos lo entregó para que fuera crucificado. Y le golpeaban la cabeza con una caña, lo escupían y, arrodillándose, le hacían reverencias". Todo esto se acostumbra predicar más frecuentemente para describir la pasión de Nuestro Señor Jesús.

Lo anterior constituye un verdadero e intenso sufrimiento, un padecer, una pasión.

Pero Cristo sufrió también en su interior y sin duda fue un dolor más profundo y vivo, mucho más grande. Porque cuando duele el alma, duele toda la persona, duelen las esencias del ser. De ahí nace la angustia, la tristeza y, a veces, la desesperación.

Cristo deja percibir este estado de ánimo cuando en Getsemaní se queja: "Mi alma está que se muere de tristeza" (Mt. 26,38), triste al atisbar el dolor y la muerte y su humanidad temblaba hasta suplicar: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz". Triste por el abandono de los suyos: amigos, discípulos, entusiastas seguidores de ayer, todos lo abandonaron frente al odio y saña de sus enemigos. También por el cambio y volubilidad del pueblo, de su pueblo que el domingo lo vitoreaba con palmas de alegría, con gritos de júbilo y con un desfile triunfal como Mesías y Redentor. Y ahora blasfemaba: "Crucifícale, crucifícale..."

¡Cómo no estar triste! ¡Cómo no morir de tristeza! Pero, a mi juicio, el dolor más grande, la tristeza más profunda que lo hizo sudar sangre, fue de otro orden.

Otra causa de tristeza debió consistir en prever que su muerte sería inútil para muchos. Ciertamente que por culpa de ellos mismos, mas de todas maneras no les aprovecharía de nada. La encarnación, la predicación, los milagros, su ejemplo, sus dolores y su muerte, todo inútil. Bien podría exclamar como aquel profeta: "*Quae utilitas in sanguine meo!*" (De qué sirvió mi sangre).

Desde las pajas de Belén hasta las angustias del Gólgota, todo inútil. Este fue uno de sus más grandes sufrimientos, fue esta su otra pasión.

*Tiempo Pascual*





## CICLO C

Domingo de Pascua

Jn. 20, 1-9

### Vio y creyó

El corazón del apóstol Juan galopaba de gozo, de sorpresa y alegría. Era la mañana del domingo de Pascua. El y Pedro habían corrido al sepulcro del Maestro y encontraron la gran piedra que cubría la entrada de la tumba fuera de su sitio. Entraron a la fosa y encontraron la soledad, el vacío y la fe. En efecto, así dice el texto evangélico acerca de Juan: "Vio y creyó", porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Por la mente del joven apóstol asomaron las diversas ocasiones que el Maestro lo había anunciado: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn. 11, 25), "Mirad que subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a los sacerdotes y escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para burlarse de él, azotarle y crucificarle y al tercer día resucitará" (Mt. 20, 17-19). Y la respuesta a los fariseos: "Destruid este templo y en tres días lo reedificaré" y luego la comparación con el profeta Jonás. Ahora, de pie, estupefacto ante la fosa vacía, Juan comprendía todo como de golpe, como en una luminosa intuición, vio y creyó.

Y recordó la resurrección de aquel muchacho en la ciudad de Naím, y de la hija de Jairo, y de su amigo Lázaro y ahora, ahora su propia victoria sobre la muerte.

Juan y Pedro descendieron a la ciudad con sus hermanos a soltar la lengua y el corazón, a gritar su gozo, su certeza y su fe. Su grito voló por todos los rumbos de la geografía, su pregón ha traspasado mares, montañas y siglos, y hoy resuena vigoroso en la vasta cristiandad.

En este radiante domingo abrilero, soltemos a voleo la alegría del alma, como esquila jubilosa cante el corazón la seguridad de su esperanza en las realidades espirituales y eternas.

Creemos que Jesús resucitó para que también nosotros resucitemos con El. Juan vio y creyó, nosotros sin ver creemos y esperamos en la vida trascendente.

Cantemos el aleluya de la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado.

¡Como él lo había dicho, resucitó!

¡Como él lo dijo, también nosotros resucitaremos!

## CICLO C

Domingo 2º de Pascua

Jn. 20, 19-31

### Perdonar es Divino

El miedo había encerrado a los discípulos a tranca y aldaba. Un clima de temor y pesimismo invadía el recinto y también las almas. La tragedia de la cruz y el cambio brusco de todo un pueblo los tenía desconcertados.

Al caer la tarde del mismo domingo de la resurrección, con los portones bien cerrados, el Maestro se presenta entre ellos y les saluda: "La paz sea con vosotros". La alegría inunda la estancia y los corazones al reconocer a Jesús que repetía: "La paz sea con vosotros". Después de decir esto sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados".

¿Será posible lo que están oyendo? ¿Qué no habían sabido siempre que perdonar los pecados es facultad exclusiva de Dios? Y sin embargo el Maestro lo ha dicho con toda claridad.

Examinemos brevemente sus palabras. Empieza por decirles: "Recibid el Espíritu Santo". Así como en la antigüedad otorgó a Moisés la potestad de ejecutar obras maravillosas en el mundo exterior, del mismo modo puede conceder a una débil criatura obrar prodigios en el foro interior de la conciencia. Para El es tan fácil tajar el Mar Rojo por medio de Moisés, como purificar y santificar el alma del pecador, por ministerio de los apóstoles o los sacerdotes. Fue Dios quien obró milagros en Egipto y en el desierto. Moisés fue tan sólo su instrumento, su ministro. También en nuestros días es Dios quien obra los milagros sobrenaturales de la gracia, la misericordia y el perdón de las culpas. El sacerdote no es sino un instrumento consciente del poder y la bondad divinas.



Quiso Dios otorgar sus poderes a Moisés en la antigüedad y a los apóstoles y sacerdotes en nuestros días. ¿Existe algo o alguien que se lo pueda impedir? Y en los evangelios consta que quiso hacerlo y que lo hizo. Primero había asegurado a los apóstoles: "En verdad os digo que cuanto atareis sobre la tierra, atado permanecerá en el cielo y cuanto desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo" (Mt. 18, 18). A Pedro le da las llaves del reino de los cielos. ¿Y qué es lo que cierra las puertas del cielo sino el pecado? ¿Y qué las abre sino el perdón?

Mis buenos hermanos, perdonar es algo propio de Dios, pero él puede delegar y participar su poder. Así se le ocurrió a El, así quiso hacerlo El. ¿Quién puede discutir o impedir su voluntad?



## CICLO C

Domingo 3º de Pascua

Jn. 21, 1-14

### ¡Es el Señor!

Voy a pescar, anunció Pedro el galileo. También nosotros vamos contigo, le respondieron sus amigos. Unidos como hermanos y buenos compañeros de trabajo, zarparon siete pescadores en una barcaza humilde, a la última luz crepuscular. Al amanecer regresaron cargados de fatiga, desilusión y fracaso.

Mas Jesús los esperaba en la orilla y les ordenó: "Echad las redes a la derecha y encontraréis". Y se vino el milagro: las redes se llenaron de peces, los corazones de alegría, las almas de ilusión y los hombres de fe. Y se oyó el grito de Juan: "Es el Señor".

En la playa había pan y fuego y una voz amable y amiga que les invitaba a almorzar.

Este pasaje evangélico está lleno de simbolismos. Vemos en primer lugar la unión y fraternidad en torno a Pedro. Le bastó expresar su decisión para oír la adhesión espontánea y alegre de los demás: "También nosotros vamos contigo".

Dios organizó en la antigüedad un pueblo y en nuestros tiempos una Iglesia. Es decir, que reprueba el individualismo egoísta y desea la unión, el sentido de familia y de pueblo. Trabajar como hermanos, desarrollar la conciencia social y la solidaridad humana.

Otra consideración espiritual la encontramos en el hecho de embarcarse sin su Maestro a bordo. Y El había sentenciado: "Sin mí nada podéis hacer". Su trabajo en la obscuridad fue fatigoso y estéril. ¿Cuál fue su balance? Noche, frío, tinieblas, fatiga, enfado y ningún fruto. ¿No vemos el fiel retrato del alma alejada de Dios? El cristiano debe aprender que Cristo debe acompañarnos en todas las empresas, en el trabajo cotidiano, en el ejercicio de la profesión, en las tareas caseras y en todo el viaje de la vida, que lejos de El todo es afán inútil.

Los remeros galileos reconocieron a su Maestro en cuanto oyeron su voz y Juan lanzó el grito de alerta: "Es el Señor" igualmente nosotros, si atendemos a la voz de su doctrina y practicamos sus mandatos y consejos, descubriremos su presencia y su acción en todas partes. Ante el esplendor de un día soleado y hermoso en la montaña, o en la grandeza imponente del océano, adivinaremos la omnipotencia del Señor. Extasiados en un jardín florido, en un arroyo de la sierra, a la sombra de un bosque o en el misterio de un barranco, nos dirá el corazón: "Es el Señor". Es El quien ha creado y conservado todo esto por ti y para ti.

Y si agradecidos experimentamos el amor a Dios y queremos corresponder a sus bondades, escucharemos como Pedro: "Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos".

Lo cual equivale a preocuparnos de nuestros hermanos, ayudarlos en cuanto podamos, en sus angustias temporales y en sus necesidades espirituales.

Hermano, que en el viaje de la existencia siempre vaya Cristo en tu barca.

## CICLO C

Domingo 4º de Pascua

Jn. 10, 27-30

### Yo doy la vida eterna

El hombre siempre ha llevado en lo más profundo de su ser el ansia de eternidad y la sed de una vida sin fin. La vida humana, muy a pesar de sus limitaciones, penas y miserias, no deja de ser apetecible y placentera. El hombre anhela vivir y vivir.

Por eso la muerte constituye una angustia de la condición humana. Es el tiro de gracia a las aspiraciones de vida, es la derrota de toda ilusión y toda esperanza. Los paganos más cultos aspiraban por lo menos a la supervivencia de la fama y así exclamaba el poeta latino: "No moriré del todo, pues he levantado un monumento más duradero que el bronce". Y tenía razón, pues ni su nombre ni su poesía se han olvidado.

Pero nosotros tenemos en la fe una respuesta más clara y perfecta a esa natural aspiración humana. Cristo nos asegura: "Mis ovejas escuchan mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás". En la conversación con Marta anuncia: "Yo soy la resurrección y la vida, el que crea en mí, aunque muera vivirá". Y después de la cena pascual, ya en el umbral de la muerte, nos dejó esta afirmación categórica: "Yo vivo y vosotros viviréis". Él se sitúa en un presente absoluto como diciendo: Yo vivo por mi propia naturaleza, por mí mismo y por eso también soy la vida. Y como hermano mayor que participa sus bienes a los pequeños, añade: "Y vosotros viviréis".

Lo promete como quien tiene autoridad, con un futuro de certeza, como dueño y señor de la vida presente y venidera. La forma de futuro es también para indicar que no se trata de esta vida fugaz y percedera, llena de calamidades y penas, sino de otra eterna y sin tristezas ni miserias de ninguna clase.



Cristo ha sellado y confirmado sus palabras con los hechos. Resucitando a Lázaro y saliendo él mismo victorioso del sepulcro, ha demostrado que de veras es la vida y la resurrección, ha confirmado nuestra esperanza de vivir juntamente con él en la eternidad.

Responde así a las aspiraciones naturales de vivir, al ansia de eternidad que anida en nuestras almas como por un sabio instinto natural.

El amanecer del domingo de Pascua anuncia a la humanidad el triunfo de la vida, la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado, que fue la causa de la entrada de la muerte en el mundo.

En efecto, el cristiano no sólo espera la resurrección de su cuerpo al final de los tiempos, sino que ya aquí en la tierra experimenta la resurrección de su alma. El alma posee otra vida propia sobrenatural, divina, que nos transforma en hijos adoptivos de Dios y nos introduce en el grupo de sus amigos y escogidos. Mas el pecado grave mata esa vida, por eso le llamamos mortal. Pero la misericordia divina es inmensa y nos dejó la facultad de resucitar nuestra propia alma cuando queramos. Basta el arrepentimiento, el avergonzarnos de nuestra culpa y solicitar con humildad el perdón del Señor.

Hermano, la resurrección final de la carne depende de Dios y al hombre no le toca sino esperar. En cambio la otra, la resurrección del alma, esa depende de ti y nada más de ti. Recapacita, reflexiona, ten lástima de ti mismo y pégale un grande grito a tu alma: ¡Levántate y anda! Y Cristo te dará de nuevo la vida y vida eterna.



## CICLO C

Domingo 5º de Pascua

Jn. 13, 31-35

### Como yo

No es cosa fácil ser cristiano cabal pues exige abrazar la cruz constantemente y poseer una visión sobrenatural de nuestro mundo. Y eso no es cosa fácil. Lo que pasa es que hemos tomado el saborcito superficial del cristianismo que nos sabe a dulce, hemos interpretado comodinamente los más trascendentales mandatos del Señor y hemos esquivado las esencias. Nos dijo, por ejemplo: "Un nuevo mandato os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos".

¿Y qué hemos hecho de este sublime mandato? Brindamos nuestro aprecio y estimación a los buenos, pues nunca nos causarán problemas; a los simpáticos, que nos proporcionarán horas agradables; a los ricos, de quienes algo nos puede venir; a los influyentes y políticos a ver si nos dan la mano en algún negocio o colocación; a los jóvenes y santos, que desparraman alegría. Sí, pero ese no es el mandato nuevo de Jesús; ese, hablando con franqueza ni siquiera es amor. Podría llamársele simpatía natural, complacencia espontánea, táctica social, perspectiva política, visión futurista, cálculo financiero, amistad vista como inversión.

Algo nuevo en el mundo sería:

- Amar al malo, con la esperanza de mejorarlo un poquito,
- al ignorante, con el propósito de instruirlo pacientemente,
- al vulgar y grosero con el deseo de limarlo en su comportamiento,
- al pobre, con la voluntad de ayudarlo en la vida,
- al enfermo crónico, al anciano, al desamparado, o para brindarles por lo menos nuestra compañía y comprensión.

En resumen, que nuestra actitud sea de dar y no de recibir; servir, ayudar. Por eso Cristo se pone de ejemplo en la calidad de amor que nos exige y nos dice " como yo os he amado". Y él vino a dar y no a recibir, vino a servir y no a exigir servidumbres, a morir por los suyos y no a exigir que los suyos luchen y mueran por él. No impone contribuciones, sino que reparte los bienes sagrados, entrega su doctrina, sus instituciones, su cuerpo y sangre, su vida. En una palabra todo. ¿Qué más podía dar que no lo haya entregado?

¡Qué difícil es imitarlo! ¡Qué lejos nos encontramos de poseer siquiera el sincero deseo de imitarlo! Quien tiene un firme propósito de conseguir algo batalla y lucha por alcanzarlo, mas ¿qué pensar del que ni siquiera tiene el deseo?

Hermanos, haciendo un juicio exigente de la vida del hombre, me atrevo a decir que, quien no vive para servir, no sirve para vivir. Su vida será como la de un tirano explotador o, por lo menos, de un parásito inútil en la sociedad.

El mandato nuevo de Jesús es la única contraseña válida de que eres su discípulo auténtico. El amor nuevo, es decir, servicial, caritativo y desinteresado, te hará más cristiano, más humano. Te hará más hombre.

## CICLO C

Domingo 6º de Pascua

Jn. 14, 23-29

### Fuego del cielo

"El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto yo os he dicho". Así anunció Jesús el envío del Espíritu Santo a sus discípulos.

Ahora bien, el Espíritu Santo no profirió palabra alguna el día de su venida. Viento celeste sopló sobre la ciudad y flamas divinas coronaron las cabezas de los discípulos, pero no se escuchó palabra alguna. ¿Cómo se cumple, entonces, la afirmación de Cristo que el Espíritu Santo les enseñaría todas las cosas?

Se cumple, pero en otra forma. Examinemos un poco la situación. El Padre es el poseedor de la verdad y de los arcanos misterios. El Hijo es el Verbo o Palabra del Padre, por eso su misión fue hablar, enseñar, revelar los misterios del Reino, dar testimonio de la verdad, darnos a conocer al Padre, su Reino y los caminos que a El nos conducen. Cristo es esencialmente el Maestro, el que habla, es la Palabra del Padre.

El Espíritu Santo es el amor, la alegría, el gozo, el sentimiento vivo, el gusto por la posesión de la verdad, la valentía y entusiasmo por defender y difundir esa verdad, para participar a los hermanos la misma alegría espiritual. El Espíritu Santo es luz en el entendimiento y fuego en el corazón, de suerte que ilumina las verdades escuchadas a Jesús que se comprenden con clarividencia. Y cuando una verdad sublime se domina a fondo, surge el gozo por ella y se ve cual si fuese nueva, como si se conociera por primera vez. Los apóstoles pues entendieron lo que antes habían oído y amaron lo que vieron. En ese sentido, el Espíritu les enseñó sin necesidad de palabras. El amor abre las puertas



del entendimiento y se nos hace fácil entender y comprender lo que amamos.

Los apóstoles se tornaron audaces y valientes y se volcaron por los caminos imperiales de Roma y por las veredas misteriosas del Asia, y su voz resonó en todo el mundo pagano de su tiempo, "lo que oyeron en privado en los rincones de Galilea, se escuchó en los balcones de la humanidad".

Ahora han comprendido que amar a Cristo significa cumplir y practicar su palabra y que ésta no es tan sólo doctrina de un maestro o filósofo, sino que es la palabra de Dios. Ahora gozan la paz interior de quien posee a Dios, la paz de la conciencia y de la amistad divina., El Espíritu Santo los cambió, los renovó, son otros, son los hombres nuevos, la nueva criatura de que habla San Pablo.

¿Cuántos años ha que escuchamos o leemos el evangelio y nos ha dejado indiferentes? ¿Dónde están la alegría, el entusiasmo y el empuje en las tareas del Reino de los cielos? No será que hemos levantado un muro de prudencia humana, ante las ráfagas de luz y fuego del Espíritu?

El Espíritu Santo sopla hacia las empresas grandes y nobles. Pero nosotros hemos tomado un pasito comodino, un paso monótono y sin rumbo como mula de noria. Hay que anhelar y aceptar el ímpetu del Espíritu y dejarse arrebatar como Elías. Amigos, ojos en el horizonte, oídos en el espacio y el corazón abierto a la acción del Espíritu, a fin de que nos arrebathe, ilumine y entusiasme en la obra de Dios.



## CICLO C

Domingo 7º de Pascua

Jn. 17, 20-26

### Los míos conmigo

¿Qué hay más allá de la muerte? ¿Todo termina en el frío y horror del sepulcro? Pueblos antiguos y modernos se han planteado esta angustiada pregunta; pues no cabe duda que la muerte constituye una de las grandes angustias del hombre. No nos podemos acostumbrar a ella.

Las diversas filosofías responden con variadas y contradictorias opiniones. Los materialistas más burdos y miopes creen que somos sólo materia y que con la muerte, nuestro ser se acaba y descompone igual que una bestia en el potrero. Y después, la nada.

El cristiano en cambio cree con firmeza en la existencia de una vida eterna, en la visión y presencia de Dios y en compañía de todos los justos de todos los tiempos y naciones. Cristo mismo nos lo asegura: "Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera vivirá". El que coma mi carne y beba mi sangre, vivirá eternamente". Y el profeta de Patmos nos indica: "Esta es la promesa que El nos hizo: la vida eterna".

Ante la angustia e incertidumbre del hombre frente a su destino, Cristo nos brinda la seguridad de su palabra comprobada con su propia resurrección. Mas hoy quiero presentar a su consideración la plegaria que dirigió al Padre Eterno por todos nosotros.

En la sobremesa de la última cena eleva al cielo la mirada y exclama: "Padre, quiero que donde yo esté, estén también conmigo los que tú me has dado, para que contemplan mi gloria".

Si analizamos esta oración conseguiremos la paz interior, la serenidad espiritual y una grande confianza en nuestra salvación. En efecto, ¿quién es el que ora? El mismo Cristo, el Hijo amado

en quien el Padre tiene sus complacencias. Por consiguiente no le negará nada. ¿Y qué es lo que pide? Nada menos que los suyos estén donde El está. ¿Y quiénes son los suyos? Toda la humanidad, ya que siendo Dios, es dueño y señor del universo. Pero muy especialmente llama suyos a los que han creído y esperado en él, que por el bautismo se han incorporado a su Iglesia y han seguido su doctrina y apreciado sus instituciones como los sacramentos y el sacerdocio. Nosotros pues, aunque muy indignos, nos contamos entre los suyos.

Bien sabemos además, que Jesús está en los cielos, a la derecha del Padre, inmortal, glorioso y vencedor en el reino que no tendrá fin, reconocido y adorado por los ángeles y santos. Pues bien, allí quiere que estén los suyos, es decir nosotros.

Al saborear estas palabras, el alma se llena de paz interior, se respira confianza y esperanza, no en nuestros méritos sino en la oración infalible del Redentor que pide a su Padre por nosotros.

¿Qué hay más allá de la muerte? La gloria, la vida eterna en compañía de Dios, de Cristo y de sus santos.

Hermano, no te dejes desviar por la enajenación materialista que destruye la realidad de tu destino. Tú tienes un alma inmortal y un gran amigo en el cielo que te reserva un lugar en su reino.

## CICLO C

Fiesta de la Ascensión del Señor

Lc. 24, 46-53

### Ascensión del Hombre

Es el hombre un ser vertical cuyos pies se apoyan en la tierra, mas su cabeza apunta hacia la cumba celeste y su mirada tramonta el horizonte y otea el infinito. Sí, tiene ansias de subir y anhela las alturas. Como el montañez, el alpinista y el aviador que gozan con la sublimidad de las alturas.

También en sentido metafórico el hombre se esfuerza por una superación social, por subir en la escala de valores humanos. Desea elevar su nivel cultural: ciencia, conocimientos y experiencias. Trabaja por acrecentar sus ingresos pecuniarios, ganar más para ocupar un palco más elevado en el teatro de la vida. Ser más apreciado o admirado de los demás.

Muchos pretenden conquistar las cumbres del poder político y otros, finalmente, aspiran a crecer en bondad, justicia y amor, o sea, en santidad. Todos quieren subir, todos anhelan ascender.

Y tú, amigo, ¿a dónde anhelas escalar? ¿Cuál es tu cumbre escogida? El dinero, el poder, la fama?

La Iglesia conmemora hoy la ascensión de Cristo a los cielos, que se convierte maravillosamente en ascensión del hombre. Examinemos cómo.

Aun en lo temporal y terreno, Cristo nos auxilia en la escalada de nuestra personalidad y en la conquista de una estatura humana superior. En la cultura, la doctrina evangélica nos proporciona un criterio sano, una visión cósmica del universo, nos ilumina sobre el origen, la naturaleza y el destino definitivo de la humanidad. En el marco social establece la dignidad del ser humano y la igualdad de hijos de Dios. En el mercado económico nos indica la justa valoración de los bienes materiales, orientándonos a una economía al servicio del hombre. En resumen, la doctrina



de Jesús bien entendida en su resonancia social, es profundamente humanista y eleva al hombre a las cumbres de su categoría racional.

Cristo es ascensión, elevación y superación ya desde estos espinosos caminos terrenales.

Pero El quiere para nosotros una ascensión trascendente, más allá de los umbrales de la muerte, hasta los plintos del Reino celestial. Oigamos lo que dice a sus discípulos: "En casa de mi Padre hay muchas moradas, si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros" (Jn. 14, 1-3).

Hermanos, no nos consolemos con subir a la movediza rueda de las alturas terrenas; aspiremos a lo grande, a lo sublime, a lo eterno: subir con Cristo a la Gloria del Padre.



## CICLO C

Domingo de Pentecostés

Jn. 20, 19-23

### Embriaguez divina

¡Están borrachos! Exclamó la muchedumbre reunida en torno a la casa donde estaban los discípulos del crucificado. Viento misterioso y fuego del cielo, habían atraído la curiosidad de la multitud. Pescadores y artesanos galileos cantaban las maravillas del Señor, y los extranjeros, congregados por el prodigio, comprendían en su propia lengua las alabanzas de los galileos. No acertando a explicarse el fenómeno sobrenatural exclamaron: "Están borrachos".

"No están borrachos, afirma Pedro en nombre de los seguidores de Jesús, sino que se está cumpliendo la profecía de Joel que dijo: "Derramaré mi Espíritu sobre todo hombre. Profetizarán vuestros hijos e hijas. Y sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días" (Jl. 3, 1-5).

La inteligencia popular no alcanzó a entrever lo sobrenatural y divino del acontecimiento y juzgó muy superficialmente lo que presenció. Mas no era embriaguez sino la lluvia del Espíritu Santo anunciada por Joel, inundación de luz y fuego, manantial de gozo, valentía y entusiasmo. Jesús resucitado les había dicho: "Recibid el Espíritu Santo" y ahora llega sensiblemente y toda la ciudad lo percibe. Quienes lo reciben experimentan la embriaguez de lo divino, la jubilosa locura del amor. ¿No decimos que los enamorados hacen locuras? La acción del Espíritu Santo hace que el entendimiento comprenda la verdad con clarividencia, la asimile y la haga propia. A la voluntad confiere alegría, arrojo y bravura para defenderla y difundirla.

Cristo sembró con largueza la semilla evangélica, pero no fue bien comprendida sino hasta la presencia del Espíritu Santo. Con frecuencia se dice de los apóstoles que no entendieron lo

que Jesús les explicaba. Fue la luz del Espíritu Santo la que aclaró y afianzó las enseñanzas escuchadas a su Maestro, fue la flama de Pentecostés la que incendió el gozo interno y templó la valentía para predicar hasta llegar al martirio. Fue el viento divino el que los condujo por los rumbos del orbe con el pregón evangélico en los labios. Nada ni nadie los pudo callar, ni el Sanedrín, ni Nerón, ni Diocleciano, ni los leones, ni las cruces, ni las cárceles. Fuego y viento divinos los impulsaban.

El cristiano de hoy corre el riesgo de estudiar la doctrina de Jesús, aceptarla y aun admirarla y, no obstante, jamás entenderla en su profundidad y jamás entusiasmarse por ella. Puede estudiar mucho la *Biblia* sin llegar a la embriaguez y a la sublime locura de los santos. Es quizá que ha cerrado los portones del alma a la acción de la gracia y del Santo Espíritu. La palabra de Jesús ha llegado al intelecto mas no ha conquistado el corazón. No lo mueve a nada, no lo cambia en nada, no acomete locuras como aquel joven comerciante de Asís que renunció a la aristocracia y riquezas de su familia y por la calle le gritaban: loco, loco.

Es que a Francisco Bernardone el Evangelio le llegó hasta el corazón y no se le estancó en la cabeza.

Pobres de nosotros mediocres y perezosos que apenas llegamos a admiradores del Evangelio.

Abramos de par en par los ventanales del alma y del corazón, para que venga el Espíritu Santo y encienda el fuego de la alegría, el entusiasmo y el amor, para que sintamos la embriaguez de lo divino.

## CICLO C

Domingo de la S. Trinidad

Jn. 16, 12-15

### Tres Personas que yo amo

Dentro del cuerpo doctrinal del cristianismo existen verdades francamente misteriosas. La Iglesia las propone a sus fieles con humildad y sinceridad. Humildad, al reconocer su impotencia para explicarlas suficientemente a la luz natural de la razón. Y sinceridad, al transmitir las sin ocultamiento ni tergiversación, tal y como las ha recibido de la Sagrada Escritura o de la tradición.

El más grande e importante entre los misterios es el de la Santa Trinidad, ¿cómo la Divinidad, siendo una y única, tiene tres personalidades perfectas y distintas, o sea, Un solo Dios y tres personas.

En todo el universo conocido no encontramos un punto de comparación o semejanza, de ahí que ni la inteligencia ni la imaginación encuentren explicación satisfactoria.

Pero, mis buenos amigos, creo que Dios no debe ser para nosotros como una tarea de escuela o teorema racional. No lo reduzcamos a tesis que se debe comprobar o a punto de demostración científica. Eso vámoslo dejando a teólogos, filósofos o racionalistas. Nosotros, como niños confiados en los brazos de su padre, gozamos la alegría de la revelación que nos manifestó Cristo Jesús: Que tenemos un Padre en el cielo, que es el Creador de todo y que nos quiere entrañablemente y por eso nos mandó a su Hijo Único a enseñarnos y facilitarnos el camino del Reino celeste. Este Hijo de Dios, no sólo vivió entre nosotros, sino que se hizo uno como nosotros, se hizo hombre y habló al mundo acerca de su Padre, su Reino y la vida eterna. Y cuando tuvo que volver al lado de su Padre nos dejó al Espíritu Santo que nos recordara la doctrina de salvación y nos infundiera la alegría y la esperanza del Reino venidero.



Hoy que la Iglesia nos recuerda el arcano misterio de la Divina Trinidad, meditemos en él de la forma más sencilla y piadosa y digamos con un profundo sentimiento de amor filial, como un homenaje de adoración: Gloria al Padre que tengo en los cielos, gloria a su Hijo que se encarnó para hacerse mi hermano y salvarme, gloria al Santo Espíritu que me da la gracia, la alegría y la santificación.

Y así, la Trinidad, ya no será para mí un misterio, sino tres Personas que yo amo, que yo adoro y espero ver y gozar en la eternidad.



## CICLO C

### Festividad del Cuerpo y la Sangre de Cristo

Lc. 9, 11-17

#### El Pan de Vida

Fue en las riberas del lago Tiberíades en los alrededores de Betsaida. Al desembarcar Jesús descubrió que una multitud, ansiosa de escucharlo, lo estaba esperando. Y experimentó compasión por aquella turba errática que vagaba como ovejas sin pastor. Se puso a enseñarlos hablándoles del Reino de Dios.

Pero el crepúsculo ya caía sobre el terreno galileo y los discípulos instaban a su Maestro para que despidiera a la gente, ya que en las cercanías no había ni posadas ni alimentos.

Pero Cristo ya había escogido aquella tarde y aquel paisaje ribereño para realizar el signo de la Eucaristía en la multiplicación de peces y panes. Aquellos canastos milagrosos que borbotaban panes sin descanso, simbolizaban los sagrarios del orbe, que guardan y distribuyen el Pan de Vida bajado del cielo. Y los cinco mil israelitas distribuidos en la frescura del césped, representaban a la cristiandad universal que a diario se alimenta con la inagotable y milagrosa Eucaristía.

Sí, el milagro de aquella tarde santa fue un milagro-signo, que, además de proporcionar alimento a millares de seguidores de Jesús, prefiguró el alimento espiritual que Cristo instituiría en la Nueva Pascua, Pan de Vida para sus seguidores de todos los tiempos.

Pan de Vida, porque "El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo" (Jn. 6,33). Porque el mismo Jesús afirmó: "Yo soy el pan de la vida, este es el pan que baja del cielo para que quien lo coma no muera. Si uno come de este pan vivirá para siempre. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna" (Cap. 6º del Ev. de San Juan).

Con razón la Iglesia ha instituido una jubilosa festividad para conmemorar tan gran sacramento, para tributarle homenaje de fe, de gratitud, de entusiasmo y amor. Para admirar la incomprendible humildad divina que de Dios se hace hombre y de hombre se hace pan por nosotros y para nosotros.

Hoy que la Iglesia se alegra en el gozo de esta festividad, tratemos de corresponder con fe segura, con esperanza viva y con grande amor, a la humildad y bondad de Jesús, que quiso ser para nosotros Pan de Vida.

*Tiempo durante el año*





## CICLO C

Domingo 2º durante el año

Jn. 2, 1-12

### Jesús y María en tu hogar

En el primer milagro de Jesús, narrado en el 2º capítulo del Evangelio de San Juan, encontramos varias y muy importantes enseñanzas. Era la alegría de una boda. Jesús, María y los apóstoles fueron invitados. En el transcurso de la fiesta María se da cuenta que ya escasea el vino, nota la preocupación y la pena de los nuevos esposos. También ella se preocupa y decide hacer algo por ellos; se dirige a quien puede resolver el problema, a su hijo Jesús.

Este primer paso es un vivo ejemplo para la mujer contemporánea, que su condición femenina jamás debe ser impedimento para hacer el bien y participar en la búsqueda de la caridad y la justicia social. Que debe ser dinámica en la vida e intervenir en la cultura, en la economía, en la política y en el apostolado. La difusión del Evangelio y la construcción del Reino de Cristo, constituyen un hermoso campo de acción para la mujer.

Al observar las carencias y necesidades del prójimo, hacer algo por ayudarlo y no reducirse a quejas y lamentos. Dios le ha dado a la mujer una poderosa fuerza sentimental que no debe quedarse arrinconada e inútil en la casa.

Un segundo punto de reflexión nos viene también de las palabras de María, quien nos indica: "Haced cuanto El os diga". Este consejo, llevado a la práctica, bastaría para cambiar el mundo. Imaginemos por un instante un mundo sin guerras ni odios, sin asesinatos ni robos, sin mentiras ni fraudes, sin opresiones ni abusos de los poderosos, sin ambiciones de poder o dinero. ¿No sería como un cielo en la tierra? Pues todo eso se lograría si hiciéramos lo que Jesús nos dice en su Evangelio,

por medio de sus Iglesia y sus ministros. Las palabras de María son válidas para todos los siglos y para toda la humanidad.

En cuanto los servidores obedecieron al Maestro floreció el milagro y seis tinajas de buen vino alegraron los corazones, felices más bien por haber presenciado la primera señal del Mesías y reconocer al esperado por tantos siglos. Y luego viene la noticia más importante: "Los discípulos creyeron en El".

Los milagros no son simples favores de servicio particular. Buscan un objetivo más alto y trascendente, que es fundamentar la fe de los discípulos, o de los circunstantes y de la humanidad entera. El vino del milagro no era para sacar de apuros a unos anfitriones, sino para embriagar de fe y esperanza al universo. El prodigio más hermoso de la boda Cananea fue el descubrimiento del Mesías y la fe del pueblo que empieza a reconocerlo y a seguirlo.

Hermano que escuchas este Evangelio, ¿en tu hogar empieza a faltar el vino del amor, de la alegría y la confianza? ¿escasea ya la fidelidad, la comprensión, la paciencia y la generosidad? Abre entonces las puertas a Jesús y María, que sean tus invitados, que vivan en tu hogar y en tu corazón. Y verás cómo de nuevo abundará el buen vino del amor cristiano y, como retoños de olivo, crecerán de nuevo la fe y la alegría en tu casa y en tu corazón.

CICLO C

Domingo 3º durante el año

Lc. 4, 14-21

### Los ciegos ven

Un sábado entró Jesús en la sinagoga de Nazaret y se le entregó el rollo del profeta Isaías y leyó: El Espíritu Santo está sobre mí porque me ha ungido para llevar a los pobres la Buena Nueva, para anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor". Enrolló el volumen, lo devolvió al encargado y se sentó. Los ojos de todos los asistentes a la sinagoga estaban fijos en él. Entonces comenzó a hablar diciendo: Hoy mismo se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acabáis de oír.

Esta categórica afirmación de Cristo equivale a declarar: Yo soy el personaje de quien habla Isaías, soy el anunciado en esa profecía y vengo a darle cumplimiento. Lo cual, a su vez, era lo mismo que afirmar: Yo soy el Mesías, el Prometido a Abraham, a David y al pueblo entero, yo soy el enviado de Dios. Y Cristo cumplió el anuncio profético, predicó la Buena Nueva no sólo en Israel, sino en el mundo entero valiéndose de sus discípulos; liberó a los prisioneros de la ignorancia y del pecado y los sigue librando hasta nuestros días; dio luz a los ciegos, principalmente a los ciegos del alma, que sin esperanza y sin fe, desconocen el maravilloso mundo sobrenatural; dio libertad a los oprimidos por el odio, la injusticia y el abuso de los poderosos. Con toda razón pudo afirmar: Hoy se ha cumplido esta Escritura.

El verdadero Mesías es identificado por el cumplimiento de los antiguos vaticinios. Por eso los evangelistas tienen especial preocupación de repetir con frecuencia: "Esto se hizo para que se cumpliera la Escritura".

También el cristiano auténtico se reconoce cotejándolo con las normas evangélicas, que constituyen el patrón y control de



calidad. Si ha recibido la luz en sus ojos, debe saber ver en profundidad y no actuar como ciego ante la vida. El falso cristiano es ciego: No ve la miseria, el dolor y el sufrimiento de sus hermanos; no tiene conciencia, no se da cuenta de la pobreza, del hambre, de las enfermedades y carencias del prójimo, no ve nada.

Verdadero cristiano es el que ha aprendido a ver y sentir lo que otros no ven. Ve sus obligaciones y responsabilidades sociales, ve sus compromisos con Dios, con su conciencia y con sus hermanos más débiles.

Genuino cristiano es el que siente en su interior el celo por continuar la obra y la misión de Jesucristo. El que, proporcionalmente a su preparación y posibilidades, se esfuerza por dar a conocer la doctrina salvadora de su Maestro, por llevar la fe a este mundo incrédulo y materializado, por otorgar una ayuda a los necesitados.

Hermano, sobre todo tú que has logrado amasar riquezas, no sigas siendo ciego: Ve a tu lado el dolor y el sufrimiento de tus hermanos y haz lo que puedas por ayudarlos.



## CICLO C

Domingo 4º durante el año

Lc. 4, 21-30

### Todos profetas

Cristo se encuentra en la sinagoga de Nazaret. Sus paisanos no creían en él ya que lo conocían desde la infancia. Sin embargo, están pendientes de su palabra. Cristo exclama: "Nadie es profeta en su tierra". Y les recuerda cómo Elías socorre milagrosamente a una viuda pobre extranjera, cuando en Israel vivían muchas viudas pobres; cómo Eliseo purifica a un leproso sirio, aunque abundaban los leprosos en Israel.

Esto bastó para que sus conterráneos se indignaran, lo condujeran al filo de un barranco con la intención de arrojarlo. Mas él, pasando en medio de ellos, se alejó de ahí.

No hizo sino recordarles lo escrito en sus libros sagrados y ya lo quisieron matar. No cabe duda que quien proclama la verdad molesta a los mundanos. Y la misión de Cristo es "Dar testimonio de la verdad", esa es la vocación profética: gritar la verdad por los confines del orbe.

Dios sigue llamando profetas en nuestros tiempos. No esperemos verlos con pieles de camello, ni esperemos un llamamiento sensible como el de Moisés, Samuel o Ezequiel. Hoy llama a todos mediante el bautismo, la confirmación, la voz de la Iglesia y la de la conciencia. Hoy se está cumpliendo el deseo de Moisés que le decía a Josué: "Ojalá que todo el pueblo fuera profeta" (Núm. 11,29). Formamos parte del ejército del Señor, quien nos envía a predicar la bondad, la misericordia, la justicia y la fraternidad. Nos llama y envía a todos. ¿Por qué entonces no vemos ningún profeta como Elías o Isaías? Porque muchos no oyen o no distinguen la voz del Señor. Otros la oyen, pero no la obedecen, otros temen los riesgos del profetismo: calabozo como a Jeremías, desprecios como a Amós, correteo por el monte

como Elías, lluvia de piedras como Esteban, el hacha como el Bautista o la cruz como Cristo.

Pero aun así, ¿Quién dice que no hay profetas en nuestros días? Profeta es el escritor o periodista que descubre las injusticias, los errores, los atropellos de los gobernantes y poderosos. El que defiende los justos derechos de una clase o raza. El abogado que toma como suyas las causas nobles sin doblegarse ante cañonazos de dinero ni amenazas de criminales, es un profeta. Profeta es el sacerdote que señala el pecado social, no para ofender ni menospreciar a nadie, sino para conducir y guiar a la penitencia, arrepentimiento y al perdón. Profeta de lo eterno es el predicador que siembra la fe en un mundo metalizado e incrédulo, que comunica esperanza a esta humanidad desesperada y desconfiada, que grita por doquier la certeza de la vida eterna, que proclama que no todo termina con la muerte, que no todo desemboca en el sepulcro. El que canta la alegría de vivir con Cristo en la tierra, para reinar con él en el cielo, ese es un profeta.

Si alguno se dedicara nada más a eso y lo hiciera con valentía y humildad y con un gran espíritu de caridad, se parecería a Elías y al Bautista y a Cristo. ¡Hermano, tú puedes ser profeta de los tiempos nuevos! Dios te envía con el mensaje evangélico y te espera un pueblo con hambre de eternidad, con ansias de justicia y paz, con necesidad de Dios.

## CICLO C

Domingo 5º durante el año

Lc. 5, 1-11

### **Pescadores para la eternidad**

Pedro, el galileo, todavía con el asombro de la milagrosa pesca realizada en nombre de Jesús, escuchó esta sentencia: "No temas, desde hoy serás pescador de hombres". Y desde entonces quedó asociado a su Maestro en la noble y divina tarea de pescar hermanos para el Reino de Dios.

Cristo es Salvador por naturaleza; toda su personalidad y su ser están dedicados a nuestro bien espiritual, a nuestra eterna salvación. Nada hizo para su provecho, ni un solo milagro para defenderse de sus enemigos o para disfrutar de algún beneficio temporal. Vive y actúa tan sólo por sus elegidos. Realiza la redención por medio de su muerte y pasión; la revelación de las verdades relacionadas con su Padre y con su Reino, mediante su continua predicación y luego, con una lluvia de bondad y amor, nos atrae a todos fuerte y suavemente. Con razón podemos llamarle Pescador de hombres.

Este mismo título y vocación se los confiere a Pedro. Como si le dijera: trabajarás como yo, nada más para tus hermanos. Tu gozo y alegría serán grandes al tirar las redes y atraer muchas almas hacia mí. Sufrirás a la vista de quienes se alejan de tu barca arrastrados por las corrientes del error y del pecado.

Apóstoles y discípulos se lanzaron por los rumbos de la geografía y, en nombre de Cristo, tiraron las redes evangélicas y se vino el milagro del cristianismo. Asia, Grecia, Roma, Europa y después el mundo entero. Hoy, más de mil millones siguen libre y gustosamente a aquel que clavado en la cruz, con el corazón y los brazos abiertos, atrae en un abrazo universal a toda la humanidad. El mismo lo había vaticinado: "Cuando fuere exaltado de la tierra, lo atraeré todo hacia mí".



Desde la antigüedad Dios ha manifestado con evidencia que quiere nuestra participación en su obra redentora. Patriarcas, jueces y profetas, fueron su voz y sus representantes en el Testamento Viejo. Los grandes milagros, las sublimes promesas y la revelación de la verdad, la hacía por medio de ellos. Dios ha llamado a los apóstoles, discípulos, sacerdotes y fieles cristianos, para que sean modestos colaboradores en su obra, humildes peones en la construcción de su Reino de justicia y amor, pescadores pacientes, constantes y entusiastas de hermanos para la vida eterna.

El episodio de la milagrosa pesca termina con esta noticia: "Ellos, los apóstoles, dejándolo todo, lo siguieron".

¿Tú, hermano, qué has abandonado por Cristo? ¿Has renunciado a algo terreno por seguir al Maestro? ¿Has pescado algún hermano, has atraído algún amigo hacia Dios? Si tu cristianismo y tu fe no atraen a nadie hacia el Reino de Dios, hay que examinarlo y revisarlo, algo anda mal.

Esperamos que la cosecha de tu vida no se reduzca a bienes que se acaban, sino que seas pescador de amigos y de hermanos para la eternidad.



## CICLO C

Domingo 6º durante el año

Lc. 6, 17-26

### Burgueses de espíritu

Algunos escritores modernos afirman que Cristo fue guerrillero y revolucionario. ¡Guerrillero que empuñara las armas: Jamás! Revolucionario en un profundo sentido sociológico: Sí. Tienen razón, fue un gran revolucionario. Pero expliquemos el sentido, el espíritu y el modo de su revolución. Ante todo precisemos que revolución significa una nueva evolución de las ideas, los conceptos, los criterios, las formas de vivir y las estructuras sociales. Las armas, la sangre y los muertos son un medio para instalar violentamente el nuevo orden social. Desgraciadamente hay pueblos que han sufrido la masacre de miles de hermanos y no han visto la instauración del cambio que se esperaba.

Cristo ha logrado una auténtica evolución, un verdadero cambio de ideas, criterios y formas de vida, estructuras sociales, jerarquía de valores y de visión cósmica, sin disparar un tiro, sin empuñar la espada ni segar una vida.

Su cuartel general abarca al mundo entero con todas sus razas y naciones, su fuerza taladra los siglos y penetra en la eternidad, sus soldados lo buscan y siguen libre y gustosamente. Aquí no hay bayonetas, ni tanques, ni espías, ni muerte, pura vida y vida pura. El anunció "Yo he venido a que tengáis vida y la tengáis en abundancia".

La declaración de guerra y los primeros cañonazos ideológicos, resonaron en el sermón de la montaña: "Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque al fin reiréis. Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis ahora vuestro consuelo".

Este es un formidable cañonazo al materialismo y una profunda revolución de las ideas. Jesús no lanza a los pobres a

despojar a los ricos, ni a arrebatarse riquezas, ni a odiar ni envidiar a los ricos. Al cimentar la felicidad en la humildad y en la pobreza, está denunciando y desenmascarando que la felicidad de las riquezas es efímera, pasajera, incompleta. La alegría de los placeres es fugaz, el gozo de los banquetes y comilonas pasa en unos instantes, la gloria humana se esfuma, el poderío temporal se acaba, la comedia de la vida también se oculta con el telón final, la embriaguez y la carcajada del libertino se trueca en llanto, en enfermedad y muerte.

Los heraldos del materialismo, que no toleran la religión, han fundado inconscientemente la religión de la diosa materia, la creen eterna e indestructible, increada y creadora de todo el universo, organizadora y ordenadora del orden universal, el hombre con su inteligencia, ingenio y voluntad, con el don de amar y comprender la belleza, no es sino materia evolucionada, que nació de la materia y a ella volverá. En una palabra, hacen de la materia un Dios.

Jesús, en cambio, proclama la primacía del espíritu, anuncia el reino venidero que es el destino de la humanidad y por eso asegura que la verdadera bienaventuranza la conquistarán los pobres, los humildes, los limpios de corazón, los misericordiosos, los pacientes, los pequeños del mundo. Y esto es una auténtica revolución de ideas y criterios en la humanidad, tan alta y sublime, que ni los cristianos la hemos asimilado y abrazado.

¡Sí, hermanos, Cristo es un revolucionario antimaterialista que exige la conversión hacia el Reino del espíritu. Y nosotros, aun creyendo en El, nos hemos vuelto comodinos y perezosos. ¡Somos burgueses de espíritu!

CICLO C

Domingo 7º durante el año

Lc. 6, 27-38

### Cristianismo color de rosa

No cabe duda que Cristo nos exige actitudes y esfuerzos difíciles y desconcertantes. Nos pide escalar las cumbres espirituales, como un reto a la mediocridad y un signo de contradicción con las inclinaciones primitivas de la naturaleza. Meditemos, por ejemplo, estas sentencias de Jesús: "Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os difaman. Al que te golpee en la mejilla, preséntale la otra; al que te quite el manto, déjalo llevarse también la túnica. Al que te pida, dale y al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Si amáis sólo a los que os aman, ¿qué hacéis de extraordinario? También los pecadores aman a los que los aman. Si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué hacéis de extraordinario?, También los pecadores prestan a otros pecadores, con la intención de cobrárselo después. Vosotros, en cambio, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperanza de recompensa. Así tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, porque El es bueno hasta con los malos y los ingratos".

¿Verdad que es desconcertante? ¿Qué filósofo o estadista ha exigido o aconsejado algo parecido a sus seguidores?

El amor de sentido cristiano debe ser católico, es decir, universal, que abrace a todas las razas y naciones, que llegue a todos los estratos sociales, que no excluya a nadie, ni a los enemigos. Quienes sufren limitaciones materiales o morales como enfermedad, pobreza, mutilaciones, anomalías, incultura y aun maldad y perversidad, necesitan más de la comprensión y amor de los cristianos. Perdonar al enemigo es el primer paso, amarlo es el segundo y más perfecto que nos pide el Maestro.



Cierto que esta disposición de ánimo es ardua y difícil, algo que choca a la soberbia, la sed de venganza y la tendencia al rencor. Muy cierto, se nos pide algo duro y costoso, sublime y perfecto, pero no imposible ni absurdo. Cristo selló su doctrina con el ejemplo y proclamó desde la cátedra de la cruz: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Y a Pablo, el furibundo fariseo que lo perseguía, no le envió un rayo que lo descuartizara sino una gracia gigante que lo convirtió en apóstol.

Hermanos, nosotros aún no hemos sufrido persecuciones, no hemos abandonado nada ni renunciado a nada. Nos hemos anidado regaladamente en un cristianismo color de rosa y dulzón de conciencia individualista, de devociones sentimentales, de limosnas casuales, de prácticas religiosas al gusto. Hemos esquivado la subida a la cumbre de las bienaventuranzas y la conquista de las esencias del cristianismo. Hemos cerrado los ojos y el corazón ante la exigencia de justicia y amor para todos, o aun los enemigos. Los preceptos desconcertantes de Jesús nos asustan.

Y, a pesar de todo, El nos invita al ideal de perfección, al rojo vivo, del sacrificio y del amor universal. No nos resignemos a la mediocridad y sensiblería de un dulzón cristianismo color de rosa.



## CICLO C

Domingo 8º durante el año

Lc. 6, 39-45

### ¿De qué habla el mundo?

"De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno saca cosas buenas del tesoro que tiene adentro y el que es malo, de su fondo malo saca cosas malas".

Estas sabias sentencias de Jesucristo ponen al descubierto el íntimo proceso del hablar y actuar del hombre; es el corazón el manantial de donde brotan dichos y hechos. Lo que primero es deseo interior, luego se transforma en locución de los labios y obras de las manos.

Y no se trata de una chiripa o casualidad, sino de una ley natural que no falla: el árbol es bueno, sus frutos serán buenos; el árbol es malo, malos serán también sus frutos.

En este atardecer del siglo XX, se está comprobando hasta el hartazgo esta doctrina de Cristo.

Sin caer en pesimismo melodramáticos, sino en un sincero esfuerzo de objetividad y realismo, reflexionemos sobre los medios masivos de comunicación, que son como la palabra de la humanidad: cine, radio, televisión, literatura y publicaciones varias.

En tales instrumentos de la difusión abundan los temas de odio, asesinatos, instigación a la lucha entre hermanos, que es nada menos que programa ideal y lema del comunismo. Hay cierta predilección por las historias de adulterios, amor libre, libertinaje entre adolescentes, hartazgo de placeres como obsesión febril.

Un síntoma que parece aún más grave, es la ridiculización de la virtud y de la honestidad. En las fotonovelas y novelones cursis de la televisión se presenta al marido como al estúpido engañado ingeniosamente por su guapa esposa y alguno de sus

amigos o socios. La esposa legítima es la neurasténica, biliosa e insoportable, mientras la amante es prudente, cariñosa y comprensiva. El amante siempre es simpático, astuto y un bribón agradable, y el marido es un simplón crédulo y tonto o bien un gruñón, déspota mano de hierro.

El mito del sexo aparece como obsesión hasta en la publicidad de automóviles, cerillos, calzado, cerveza, alimentos. Existen empresas multimillonarias que viven y lucran con la pasión y la concupiscencia, como prostitutas.

¿De qué habla la humanidad? De lo que abunda en su corazón. Ciertamente que muchos de los medios de comunicación actúan con un criterio honrado, sano y benéfico para su clientela. Pero, tristemente, también son muchos los de la línea del mal.

Hermanos, si el árbol del corazón está podrido no esperemos sino frutos hediondos. No es suficiente lavarse las manos, sino purificar la mente y el corazón, pues de ahí proceden los homicidios, adulterios, racismo, opresión y falsedad.

Si del corazón alejas el odio y ambición, las armas no serán necesarias en la mano. Si purificas los deseos y pensamientos, tu mirada y tus acciones serán decentes. Si en tu alma anidan el amor y la bondad, tus palabras serán canto de alegría y tu vida como la del buen samaritano, o quizá como la del buen Jesús.

## CICLO C

Domingo 9º durante el año

Lc. 7, 1-10

### Fe a lo grande

Los pasos marciales del centurión resonaban cabe los muros de Cafarnaún en un alegre ir y venir entre los pueblerinos judíos.

Era él un gentil, un militar de la dominación romana, ajeno a la casa de Israel y representante de la odiada opresión extranjera. Sin embargo, poseía una distinguida personalidad que lo tornaba amable y, en efecto, era muy estimado por los judíos de esa ciudad ribereña. De ánimo bondadoso y caritativo, se preocupaba hasta de sus sirvientes y había construido la sinagoga local. Mas lo admirable no es que la haya construido, sino que los judíos la hayan aceptado de manos de un gentil.

Uno de sus mozos se encontraba gravemente enfermo y casi a punto de morir. El centurión envió algunos de los judíos principales a rogarle a Jesús, el de Nazaret, que viniera a curarlo. Poco después, con nuevos mensajeros, le manda decir: "Señor, yo no soy digno que vengas a mi casa, tan sólo di una palabra y mi siervo quedará sano".

Piensa el centurión que aquel Jesús tiene facultad para curar no sólo con la imposición de sus manos, sino aun desde lejos, con sola su voz milagrera.

Si analizamos detenidamente la actuación de este soldado, encontraremos que allá en el hondón del alma, poco le faltó para caer de hinojos y exclamar: Tú eres el Hijo de Dios. Porque ¿quién posee facultades sobre la enfermedad y la muerte para imperarles aun desde la lejanía?

Marta y María exclamaron: "Si tú hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto". Quienes le presentaron un sordo le rogaron que le impusiera sus manos (Mr. 7, 32) y lo mismo pasó con el ciego de Betsaida (Mr. 8, 22). Por eso el mismo Jesús



se admiró y dijo: "Les declaro que en todo Israel no he encontrado una fe tan grande".

Una profunda reflexión se impone a los cristianos de nuestros días: Que el pueblo de Dios ahora lo constituye toda la humanidad, como hijos de Abraham nuestro padre en la fe; que la salvación no es un privilegio exclusivo de nuestra Iglesia, sino que se extiende a toda criatura de buena voluntad que posea las virtudes de la bondad, caridad, solidaridad con los que sufren, servicialidad habitual con sus semejantes, así como el centurión del evangelio; que al cristiano no le basta su bautismo y su militancia nominal en la Iglesia, si carece de una grande fe y caridad en su existencia de cada día.

Dios premió generosamente a aquel soldado romano, que hoy estará en el Reino de los cielos, muy por encima de muchos israelitas y cristianos.

Pero a mí me conmueve hasta la entraña el que sus palabras hayan quedado buriladas por los siglos en lo más sagrado de la liturgia de la misa: "Señor, yo no soy digno de que vengas a mí, pero di una sola palabra y mi alma quedará sana".



## CICLO C

Domingo 10º durante el año

Lc. 7, 11-17

### **¡No llores!**

Por los caminos de Galilea va llegando Jesús al pueblo de Naim al tiempo que una multitud conduce un cadáver a sepultar. Una viuda desconsolada llora la muerte de su hijo único. La mujer contempla su oscuro porvenir como soledad familiar y afectiva, vacío desesperante en el hogar, pérdida definitiva de los seres amados, inutilidad del resto de la existencia.

Mas de pronto oye una voz firme y suave que le dice: "No llores". El Nazareno detiene el cortejo y con autoridad impresionante ordena al difunto: "Joven, yo te lo mando, levántate. Y el muerto se sentó y se puso a hablar. Y Jesús se lo devolvió a su madre. Y el temor se apoderó de todos y alababan a Dios diciendo: Un profeta ha aparecido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo".

Al releer este episodio evangélico no se puede menos que caer una vez más en la reflexión del misterio de la muerte: ¿Qué es la muerte? ¿por qué?

Las variadas respuestas a estas interrogantes dependen de la filosofía y religión de cada cabeza.

Algunos rehuyen la reflexión, no quieren ni pensar en cosas tristes. Hay otros escépticos pusilánimes que carecen de opinión propia, mas en caso de enfermedad grave optan por actos piadosos, "por si acaso", "por las dudas". Los seguidores del moderno materialismo "científico", rechazan la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la vida ultraterrena. La muerte no es sino el punto final de la existencia y se acabó.

El cristiano posee una visión trascendental del hombre, de la vida, de la muerte y del más allá. De suerte que existencia

humana, muerte, resurrección y Reino de Dios, son tres pasos congruentes del mismo fenómeno humano.

Este hombre, apuntando siempre su proa hacia su destino trascendente, tiene también una seria responsabilidad y un compromiso en la tierra y en el tiempo: Llevar su estatura humana lo más alto posible en los renglones cultural y moral, y en lo que atañe a la sociedad, colaborar en el progreso, armonía, justicia y amor de todos los pueblos. El estar destinados para el cielo presupone y exige nuestra actuación de solidaridad, bondad y justicia aquí en la tierra, ya que de eso precisamente depende nuestro porvenir en la otra vida.

¡La humanidad ha llorado y sigue llorando a sus muertos! La muerte sigue siendo una tragedia y una angustia, un dolor grande como ninguno. Pero para el cristiano es la Pascua o paso doloroso hacia la "tierra nueva". Por los caminos del orbe entero se escucha la voz firme y suave de Jesús que nos dice: "No llores, yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí, aunque hubiere muerto vivirá. No llores".

## CICLO C

Domingo 11º durante el año

Lc. 7, 36-50

### Lágrimas y nardos

Un fariseo, llamado Simón, invitó a Jesús a comer a su casa. Una mujer de mala vida se coló entre los invitados llevando un frasco de perfume entre las manos. Colocándose junto al Maestro le ungía los pies y se los bañaba de lágrimas al llorar sus pecados.

Simón se dijo para sus adentros: Este no puede ser Profeta. ¿Cómo no se da cuenta de quién es esta que le embalsama los pies? Pero Cristo sí sabía quién era aquella pobre mujer: una pecadora, sí, pero arrepentida y convertida, que lloraba sus culpas en público sin importarle el "qué dirán las gentes". Que con su actitud y su llanto había ganado la misericordia y el perdón. El perfume era símbolo de su corazón, de su gratitud y de su amor; por eso lo derramó todo para ungir al Maestro. Su aroma saturó el salón y luego Jerusalén y aun llega hasta nosotros. Fueron lágrimas de arrepentimiento y nardos de amor y gratitud. Y según palabras de Jesús: "Mucho se le perdonó porque amó mucho".

El refinado y puritano Simón no alcanzó a entrever el alcance de lo que estaba pasando en su casa.

Que cuando un pecador se arrepiente y convierte de corazón Dios lo recibe con grande bondad, lo abraza como a un hijo trotamundos que al fin regresa a la casa y lo trata como si no hubiera pasado nada. Algo más que Simón no comprendió fue que el Mesías venía a quitar el pecado del mundo, que como médico estaba destinado a los enfermos y tenía que andar entre ellos, buscarlos para curar y restituir la salud. Como médico de almas, Cristo tenía que atraer a los pecadores por medio de paciencia y misericordia; si por ellos se hizo hombre, si ellos constituyen la razón íntima y poderosa de su venida a la tierra.



El declara la guerra al pecado pero ama entrañablemente al pecador, igual que el médico ataca la enfermedad para librar al enfermo.

Ojalá el cristiano de nuestros días logre asimilar la lección de este episodio evangélico: que el pecador es nuestro hermano y debemos ayudarlo a salir de su estado; jamás despreciarlo ni cerrarle las puertas, sino tenderle una mano amiga y fraternal y aceptarlo en la convivencia humana sin discriminaciones ni recelos.

Que invitemos a Cristo a nuestra casa y a nuestro corazón para que viva siempre entre nosotros. Que el llanto de la contrición nos obtenga el perdón sincero de Jesús y que el bálsamo de la caridad y la bondad cicatrice las heridas del mundo contemporáneo. Que el suave aroma de la fraternidad llegue a los confines del orbe.



## CICLO C

Domingo 12º durante el año

Lc. 9, 18-24

### Gana pierde

"Tú eres el Cristo de Dios", aseguró Pedro a su maestro contrastando con las opiniones populares. Luego Jesús les dijo esta sentencia: "El que quiere ganar su vida la perderá; pero quien pierde su vida por amor de mí, la ganará".

Esto se parece a cierta forma de jugar el ajedrez, de suerte que la victoria consiste en perder y la derrota en ganar. Así parece sonar el lenguaje evangélico en el que Cristo da la impresión de jugar con palabras y conceptos. Pero nada de juego, es algo muy profundo. Tratemos de comprender su contenido.

Ante todo la idea de vida es doble. Una es la vida temporal y terrena con sus ambiciones y miserias morales: la soberbia, enmascarada hipócritamente de dignidad, respeto, autoridad; el ansia de riqueza, adquiridas aun a base de fraudes, engaños y opresiones; el afán de confort, comodidades y lujos; la ambición de poder y dominio. En fin, los pecados todos que germinan en el terruño humano. Esta es la vida que el pecador quiere ganar, o sea, disfrutar, gozar y retener. No tiene la valentía y decisión de abandonarla y eso lo lleva a perder la otra vida.

La otra vida no es tan sólo la que se inicia al término de esta temporal, sino también la conducta especial, diferente a la anterior. Una existencia iluminada por la fe y conduce a la bondad, honradez, fraternidad universal y a un sentido trascendente de la historia y del destino humano. Un estilo de vida que pasa por la tierra pero con la mirada en el horizonte celestial; transcurre en el tiempo, mas con la proa apuntando hacia la eternidad. No reniega de esta vida ni la menosprecia, pero sí la orienta y apunta hacia la venidera.

Pero la explicación cabal de esta nueva vida consiste en que sea por amor a Cristo. Renuncia a placeres prohibidos, aceptación de la ley moral y obediencia a la conciencia íntima, todo será por su amor. No se trata de un estoicismo meramente filosófico, sino de una concepción trascendente del hombre.

Creemos que Jesús es el Hombre-Dios, Salvador de la humanidad, confiamos plenamente en El, en su doctrina e instituciones; esperamos con certeza y alegría el cumplimiento de sus promesas y, sobretodo, lo queremos, lo amamos lo más que podemos, esa es la otra vida que ya se manifiesta en la presente existencia.

El hombre acepta perder la primera vida cuando subordina los negocios terrenales a los fines sobrenaturales, cuando orienta sus actividades temporales de suerte que lo conduzcan a las realidades eternas. El sacerdote pierde su vida por amor a Cristo y la dedica al bien espiritual de sus hermanos. Los padres de familia hacen otro tanto, pues ya no viven para sí mismos sino para la formación y educación de sus hijos. Esto se puede afirmar de todo hombre de buena fe que "busca primero el reino de Dios y su justicia".

Hermanos, Cristo nos invita a este importantísimo juego del gana-pierde, en el que va de por medio nada menos que la vida futura. Que no te encandile la soberbia de triunfar en todo, de reír, de gozar y brillar en todo. Enséñate a perder como piedra en los cimientos de un gran edificio, como semilla que germina en el surco, pero siempre por amor a Cristo.

Entonces pasarás al reino de la vida, pues Jesús sabrá cumplir su promesa de que: "El que pierda su vida por amor a mí, la ganará".

## CICLO C

Domingo 13<sup>o</sup> durante el año

Lc. 9, 51-62

### Sacerdocio

Por el camino hacia Jerusalén, mientras Jesús se dirigía a celebrar su última pascua, se le presentó un discípulo que le dijo: "Te seguiré a donde quiera que vayas. Jesús le respondió: Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza... A otro le dijo: Sígueme. Y respondió: Señor, déjame primero ir a sepultar a mis padres. El le contestó: Deja a los muertos sepultar a los muertos y tú vete y anuncia el Reino de Dios".

En estas brevísimas pero precisas sentencias del Maestro encontramos algunas de las exigencias de la vocación sacerdotal. La finalidad esencial está constituida por el anuncio del Reino de Dios, el pregón del Evangelio. Para esto se requiere una actitud de desprendimiento y desinterés de los bienes materiales, un espíritu de abnegación y pobreza a ejemplo de Jesús que no tenía donde reclinar la cabeza.

Ese desprendimiento alcanza inclusive a la familia y a la patria, no por menosprecio, sino por la sublimidad y grandeza del encargo de difundir el Evangelio.

La misión sacerdotal se centra principalmente en el anuncio del reino espiritual y trascendente, pero eso no significa un desdén o apartamiento de los problemas sociales y candentes de la nación y de su historia contemporánea. En este asunto existen dos posiciones polarmente contrarias. Unos quisieran ver a la jerarquía eclesiástica en los sindicatos, en la política activa, en la palestra socio-económica. Que la defensa del oprimido y del pobre no fuera tan sólo desde el púlpito y las encíclicas, sino en los juzgados, en las empresas, en los ejidos y comisarías.



Otros, en el extremo puesto, quisieran emparedarla en los muros de santuarios y sacristías, que jamás se pronunciara contra las injusticias ni las situaciones de opresión, que predicara un evangelio teórico, vago, abstracto y desencarnado y ahistórico. Que no hiciera jamás aplicaciones del evangelio a la vida real de la sociedad.

Ambas posiciones son erróneas por exageradas. Pues ni le atañe convertirse en líder obrero o activista político, ni tampoco va a dejar la luz evangélica bajo las naves de las catedrales. El ministro de la palabra debe gritar a los cuatro vientos el candente verbo evangélico y apremiar su cumplimiento, ya que Cristo afirmó: "Bienaventurado el que escucha la palabra de Dios y la cumple".

Saber y conocer el evangelio como una teoría, una doctrina filosófica o una cultura, sin el compromiso de encarnarlo en la historia viviente de los pueblos, equivaldría a reducirlo a un ejemplar arrinconado en la biblioteca o una joya de museo.

No amigos, el Evangelio es palabra de vida y hay que vivirlo y encarnarlo en los individuos y en las sociedades. Esa es la batalla del sacerdote: Pregonar insistentemente el Verbo Evangélico y ayudar a que se cumpla fielmente.



## CICLO C

Domingo 14º durante el año

Lc. 10, 1-20

### Los setenta y dos

Narra San Lucas, en el capítulo 10 de su evangelio, que "designó Jesús a otros setenta y dos y los envió de dos en dos, delante de sí, a toda ciudad y lugar a donde pensaba ir".

Es de suponerse que estos pregoneros y heraldos del Mesías, llamarían a penitencia y a oración al pueblo, le recordarían las promesas de Dios a Abraham y David y les anunciarían que ese Mesías esperado ya había venido al mundo y que pronto estaría entre ellos. Si el pueblo aceptaba su mensaje y manifestaba el deseo de recibir a Jesús, entonces El llegaba y coronaba con su palabra y milagros la modesta obra de sus enviados. Si, por el contrario, los discípulos eran rechazados, Cristo no entraba en aquel lugar, como sucedió en una aldea de samaritanos que se negaron a recibir a sus enviados.

Recibir pues a los emisarios de Cristo equivale a recibirlo y aceptarlo a El, así como rechazar a sus enviados significa un repudio y un rechazo a El mismo. Y así lo aseguró con sus palabras: "El que a vosotros oye a mí me oye, el que a vosotros desprecia a mí me desprecia".

Veinte siglos después, esta enseñanza conserva íntegro su valor. Desde la antigüedad Dios ha querido valerse de sus criaturas para realizar la epopeya de la salvación. No por falta de poder, sino por una infinita dignación de su parte. Así echó mano de Noé, de Abraham, de Moisés, de Elías, y en la nueva alianza, de sus apóstoles y discípulos. Después de ellos, son los obispos y sacerdotes los continuadores de la divina obra de la redención en la tierra. Estos no son más que ayudantes o peones, pues sólo Dios es capaz de producir la gracia, el perdón, la redención de las almas. Fue Dios el que tajó en dos el Mar Rojo,

pero quiso hacerlo por medio de Moisés; el fue quien venció a Goliat y Holofernes, pero por medio de David y Judith; el Señor guió e instruyó a su pueblo, pero por boca de sus profetas.

No nos debe extrañar, por consiguiente, que también ahora, en el Testamento Nuevo, prosiga su estilo y su gusto de realizar su obra maravillosa de la redención, por la humilde actuación de sus enviados. Estos no son ángeles ni querubines, sino frágiles criaturas humanas sujetas a las deficiencias y flaquezas de todo ser humano, mas a pesar de eso, hablan y actúan en nombre del Señor, porque El así lo quiso, así lo determinó.

No nos exponamos a rechazar la obra de Dios, que se nos presenta en el ministerio de sus sacerdotes. Que la humildad y la fe nos enseñen a ver a Dios en sus enviados.

## CICLO C

Domingo 15° durante el año

Lc. 10, 25-37

### El samaritano moderno

En la calle se oyó un estridente chirrido de frenos de automóvil, un golpe contuso y un alarido de espanto. De inmediato se congregó una turba de curiosos en torno al herido mientras el automóvil emprendía la fuga.

El herido jadea, se desangra y lucha con la muerte que se avecina, mientras el círculo de bobos inútiles discute sobre placas, color y modelo del automóvil. En esto una muchacha decidida se abre paso y pregunta: ¿Ya llamaron a la Cruz Roja? ¿Alguien ha buscado a un agente de tránsito o a un sacerdote?

- Yo pasaba por aquí casualmente., Se disculpó uno.

- Yo no quiero líos, dijo sabiamente otro.

- A mí no me corresponde, para eso hay autoridades, sentenció el tercero.

- Pero es que se está muriendo y es desesperante que nadie haga nada por él.

Hace muchos siglos pasó algo semejante en un lejano país. Escuchen ustedes cómo lo narra un historiador de ese tiempo:

Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en poder de los ladrones que lo desnudaron, le cargaron de azotes y se fueron dejándolo medio muerto.

Por casualidad bajó un sacerdote por el mismo camino y viéndolo, pasó de largo. Así mismo un levita pasando por aquel sitio le vio también y pasó adelante; pero un samaritano que iba de camino se llegó a él y viéndole se movió a compasión, acercose, le vendó las heridas derramando en ellas aceite y vino, le hizo montar sobre su propia cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. A la

mañana siguiente, sacando dos denarios se los dio al mesonero y dijo: cuida de él y lo que gastes, a la vuelta te lo pagaré.

Y dirigiéndose Jesús al doctor de la ley le preguntó: ¿Quién de estos tres te parece haber sido el prójimo de aquel que cayó en poder de los ladrones? El contestó: el que hizo con él misericordia. Contestole Jesús: Vete y haz tú lo mismo.

Eso pasó hace siglos, pero todos los días encontramos hermanos medio muertos por el hambre, la enfermedad, los accidentes del tránsito y del trabajo. Otros viven medio muertos por la ignorancia y la incultura, la desilusión de la vida y la desesperación. Tú, hermano, no pases de largo ante el dolor humano. Extiende tu mano protectora, tu ayuda amistosa y compasiva a los que sufren. Atiende a la voz del buen Jesús que te dice: "Anda y haz tú lo mismo".



## CICLO C

Domingo 16<sup>o</sup> durante el año

Lc. 10, 38-42

### Marta y María

Pasando Jesús una ocasión por Betania, se hospedó en casa de Lázaro, hermano de Marta y María Magdalena. Marta andaba afanada en los quehaceres, mientras María escuchaba embelesada la doctrina del Maestro.

Era un gran honor la visita del Rabí galileo y por eso Marta se esmeraba en los preparativos y atenciones: el aseo y ornato de la casa, así como los alimentos de Cristo y sus acompañantes. Y claro, al ver que su hermana no le ayudaba en los menesteres caseros, se quejó ante el Señor, y éste le contestó: "Marta, Marta, tú te afanas en muchas cosas y sólo una es necesaria; María ha escogido la mejor parte y nadie se la quitará".

Desmenuzando e interpretando estas palabras, bien se puede afirmar que Cristo nos quiso advertir una vez más sobre la primacía de las cosas que atañen al espíritu. Veamos cómo. Marta representa los afanes temporales, materiales de aquí de la tierra. Conseguir el vestido, el alimento, el techo, las medicinas y en general, los bienes materiales. Hablando en un plan más amplio podría incluirse la técnica, la economía y el desarrollo o progreso de la humanidad.

María simboliza el estudio, la cultura, el amor a la sabiduría, principalmente la religiosa y cristiana, el amor y el afán por las cosas del reino de los cielos.

¿Cuál es el juicio de Jesús sobre estas actividades del hombre?

Es evidente que ambas son buenas y dignas de alabanza, la abundancia de los bienes materiales es un factor decisivo en el camino ascendente de la humanidad. Una sana y fuerte economía nacional o familiar ayuda no sólo a la alimentación, el vestido,

a una vivienda decorosa y a una comodidad material en la vida; sino que es punto de partida también para la educación y la vida del espíritu. Por eso Cristo no reprobó la riqueza sino el egoísmo de algunos ricos, no criticó el progreso o la actividad económica, sino la opresión e injusticia que algunos poderosos ejercen contra los débiles y desposeídos.

La respuesta del Maestro más bien nos indica una jerarquía de valores, como si nos dijera: lo que hace Marta es bueno, pero lo que hace María es mejor. Lo cual equivaldría a afirmar: todo cuanto se refiere a la vida material es bueno, pero lo que atañe al espíritu es superior.

En otro pasaje había afirmado: buscad primero el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura. En la oración que él mismo compuso primero se pide el honor del nombre de Dios, la venida de su reino y la obediencia a la voluntad divina. Cuando en la oración se ha pedido e implorado por los intereses de Dios, hasta entonces se pide el pan de cada día para nosotros.

La ciencia y la tecnología han crecido maravillosamente; lástima que no hayan crecido en la misma proporción las virtudes morales como la justicia, la bondad, la servicialidad y el respeto a la dignidad humana. Por el contrario, parece que el egoísmo y la soberbia se acentúan más con el desarrollo de la economía y las ciencias naturales.

El cristiano y todo hombre de buena voluntad debe ser consciente de la enseñanza de Cristo que nos advierte que primero está el reino de Dios y su justicia.

Buena es la preocupación de Marta por los quehaceres temporales y materiales, pero es mejor y más noble la de María por recibir la palabra de Jesús y ponerla en práctica.

## CICLO C

Domingo 17º durante el año

Lc. 11, 1-13

### Padre nuestro...

El chofer de un autobús urbano venía de mal humor: el tráfico apretado, el pasaje numeroso e imprudente, el calor sofocante, el tiempo corto.

El chofer de otro autobús amaneció alegre y travieso, burlesco, bromista y cantador. Como jugando carreras con su colega se le adelantaba, se quedaba atrás, luego le impedía el paso y soltaba una carcajada burlesca que el otro no soportó, detuvo su autobús, colocó una pistola bajo la camisa y borbotando injurias se bajó. El risueño apagó el motor del vehículo, tomó una respetable llave de tuercas y una navaja y descendió también.

El pasaje de ambos autobuses, pegado a las ventanillas, estaba en expectación del estallido de violencia. ¡Dios mío, se van a matar!

Pero, oh sorpresa, se acercaron, se saludaron con un manotazo en la espalda y se regresaron a sus puestos de trabajo.

¿Qué pasó?, se preguntaban los espectadores.

Nada, nada más que es mi hermano, pero es muy corajudo y no aguanta bromas, dijo el hermano guasón; mientras que el bilioso explicaba: Es mi hermano y no lo había reconocido. Es muy loco para manejar y siempre anda de broma en broma.

¡No hubo muertos ni heridos! Eran hermanos y no se habían reconocido.

Esta es una anécdota de la vida real. Pero es como una parábola que debería meditar e imitar la humanidad entera. Todos somos hermanos y parece que no lo hemos reconocido. Poseemos la misma sangre, la misma naturaleza, venimos de un solo tronco primitivo, con el mismo origen y destino. Formamos la familia humana. Si además creemos en Dios creador del



universo y Padre común de todos, entonces la fraternidad se consolida y perfecciona con los vínculos de la fe, la gracia y la redención. Es por eso que Cristo nos enseñó a exclamar: "Padre nuestro que estás en el cielo".

Los grandes estadistas, guías de las naciones, no dirigen autobuses sino naciones con millones de pasajeros que dependen de su actuación prudente o imprudente. Son ciudadanos pacíficos, trabajadores, productores, constructores, que no quieren guerras ni odios sino la paz y el bienestar.

Los grandes estadistas van también haciéndose muecas de burla, estorbando el paso del desarrollo de otros pueblos. Ellos también esconden bajo la camisa de tratados internacionales sus respectivas bombas atómicas y destructores bombarderos sembradores de muerte.

Ojalá que cuando bajen a la palestra de la muerte se reconozcan como hermanos, se den el abrazo fraternal y puedan exclamar juntos con toda la humanidad: Padre nuestro que estás en el cielo...



## CICLO C

Domingo 18º durante el año

Lc. 12, 13-21

### Parábola del granjero egoísta

En una brevísima parábola Cristo nos repite su doctrina y su enseñanza acerca de las riquezas materiales, y así nos dice: "Un hombre rico tuvo una grande cosecha. Y se puso a pensar ¿qué haré? porque no tengo ya donde almacenar la cosecha. Y se dijo: Ya sé lo que voy a hacer, derribaré mis graneros y construiré otros más grandes para guardar ahí mi cosecha y todo lo que tengo. Y entonces podré decir: tienes bienes acumulados para muchos años, descansa, come, bebe y date a la buena vida. Pero Dios le dijo: Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes? Así le pasa al que atesora para sí mismo y no se hace rico de lo que vale ante Dios" (Lc. 12, 13-21).

Aunque pequeña en extensión, es rica en enseñanzas esta parábola. Veamos algunos puntos de reflexión:

El granjero había acumulado tantos bienes que ya no cabían en sus trojes. Se trata pues de una grande riqueza.

Piensa destinarla a la holgazanería, comidas y bebidas y a una vida regalada. La voz de Dios le recuerda dos cosas: La primera es la proximidad de la muerte y la segunda es la consecuencia de abandonar todo en manos de gente desconocida. No se critica que el agricultor posea bienes, pues se supone que son fruto de su trabajo, de su tesón y de su ingenio, dentro de un marco de justicia y honradez.

Se reprueban más bien otros aspectos, como la decisión de dedicar la riqueza a la glotonería del comer y beber, a la holgazanería y sobretodo se reprueba el egoísmo de pensar tan sólo en su provecho personal olvidándose de los demás.

Esto es de criticarse severamente, ya que la propiedad privada debe estar ordenada y subordinada a la consecución de

bienes superiores como la civilización, la cultura, la moralidad, el bienestar social y finalmente la conquista de la vida eterna. Destinar la riqueza tan sólo al comer y beber, constituye un abuso y un desconocimiento de su finalidad.

Es también una responsabilidad de la propiedad privada, que su recta administración beneficie a la sociedad, ya sea produciendo bienes de consumo útiles para el hombre, ya sea derramando los salarios entre los obreros y campesinos y compartiendo equitativamente las utilidades entre todos los que colaboran en su producción.

Al terminar la parábola Cristo hace la siguiente aplicación: "Así le pasa a quien atesora para sí y no se hace rico de lo que vale ante Dios".

Atesorar para sí, es decir, en forma egoísta y tacaña propia del avaro que se encierra a contar su dinero y a comerse sus alimentos; el que jamás experimenta compasión con el que sufre o tiene hambre. El que no siente escrúpulo alguno de quedarse con la casa empeñada porque no se han pagado las últimas letras, el que sin piedad recoge el mueble por faltar el pago de abonos, el que presta con usura, etc.

¿Y qué es lo que vale ante Dios? Lo único que vale para la eternidad es la virtud: la justicia, la bondad, la caridad, la compasión con los débiles y necesitados. Recuerda que en la frontera de la muerte lo único que puedes pasar al otro lado son tus buenas obras. Lo demás no tiene valor en la otra vida. Aunque te lo pudieras llevar, allá de nada serviría.

Piensa hermano que esta parábola fue dirigida para ti y para mí. No la oigas como si se tratara tan sólo de una historia del pasado, no, es una enseñanza para que la apliquemos cada uno de nosotros en nuestro tiempo y en nuestras circunstancias.

## CICLO C

Domingo 19º durante el año

Lc. 12, 32-48

### Cristianismo para la vida

El ladrón asalta cuando nadie lo espera ni lo sospecha. Cristo compara la venida del Señor al asalto inesperado del ladrón, para indicarnos la urgente necesidad de vigilancia continua. Esta venida del Señor se ha interpretado tradicionalmente como la hora de la muerte, pero también puede significar algo más profundo y provechoso, ya que Dios "viene" continuamente a nosotros y debe encontrarnos siempre en vela y en el puesto del deber.

Un gigantesco error de muchos cristianos es pretender que la religión sea tan sólo para bien morir, como si el compromiso ante Dios consistiera tan sólo en acabar bien. Para algunos lo ideal sería pasarse la vida en placeres, sin ninguna obligación ni responsabilidad y luego, a última hora, recibir los sacramentos para entrar al cielo con fanfarrias y regocijo como el hijo pródigo. Quien así piense no ha entendido nada del cristianismo. Oiganlo bien todos: el cristianismo es para vivir bien todos los años de la existencia en un diligente y alegre servicio de Dios y del prójimo.

Las palabras de Cristo no dan idea de muerte, sino de vigilante diligencia de un trabajador. Nos dice así: "Estad listos con la túnica ceñida y vuestras lámparas encendidas. Sed semejantes a los criados que están esperando a que su señor regrese de la boda para abrirle cuando llegue y llame. Dichosos aquellos a quienes el Señor, al llegar, encuentre en vela. En verdad os digo que se recogerá la túnica, los hará sentar a la mesa y él mismo les servirá. Y si llega a la media noche o a la madrugada y los encuentra así, dichosos ellos".

Cristo puede llegar y llamar en cualquier momento, y es deber nuestro el estar siempre alerta, la mano en el arado y



atento el oído a su mandato. El llama con la voz del deber de cada día, con el compromiso de la profesión y vocación, con las responsabilidades de nuestro estado, con el clamor de los pobres y el lamento de los enfermos. El mundo padece hambre de justicia y de paz, pero sus voces se pierden entre el griterío de las pasiones, la ambición de dinero, el ansia de poder. ¡Hay mucho ruido en la conciencia!

Cristo nos llama, Cristo llega a las puertas del alma, no sólo en el día de la muerte, sino principalmente durante la vida. El cristianismo no es para morir sino para vivir y vivir bien.



## CICLO C

Domingo 20º durante el año

Lc. 12, 49-53

### El cristiano en pie de guerra

¿Se imaginan a Cristo recomendando la guerra o dirigiendo una arenga antes de la batalla? Y sin embargo nos asegura: "No he venido a traer la paz, sino la división".

¿Pero cómo es posible esto si él mismo nos recomienda la paz en otras ocasiones? Isaías lo llama: "Príncipe de la paz", Miqueas asegura: "El será nuestra paz". Los ángeles anunciaron en Belén: "Paz a los hombres de buena voluntad". El saludo de Cristo era: "La paz sea con vosotros" y también dijo: "La paz os dejo, la paz os doy", así como "Bienaventurados los pacíficos". ¿Cómo puede entenderse que diga: "No he venido a traer la paz sino la división"?

En verdad que las palabras pueden parecer contradictorias, mas no así su sentido profundo y espiritual. En efecto, la paz que Cristo nos deja es la que proviene de una vida honrada dentro de la justicia, la moralidad y el cumplimiento del deber de cada día. La paz que es fruto del trato digno y respetuoso de los demás. Se trata, por consiguiente, de la paz interior de la conciencia.

Cuando Cristo nos impele a la guerra trata de la eterna batalla entre el bien y el mal, entre el deber y la pereza, entre el vicio y la virtud, ya que el Reino de Dios lo conquistarán solamente los audaces y atrevidos. A veces nos domina la cobardía ante la batalla, tomamos un pasito de perezoso, escogemos el menor esfuerzo. Nos refugiamos en una postura sentimental y dulzona de ciertas prácticas de piedad y rehuimos la lucha por la justicia social y la dignidad de los seres humanos. Esta es la paz que Cristo no quiere.

Al cristiano se le presentan dos grandes frentes de batalla: el individual y privado de su conciencia, y el social y público de su pueblo. En el primer frente nos apremia la lucha contra nuestras pasiones: egoísmo, sensualidad, soberbia. Una guerra continua por parecernos a Cristo, nuestro modelo. En el frente social debemos luchar por la instauración del reino de Cristo sobre la tierra, hasta que impere la justicia para todos, la bondad como clima universal y permanente, el sentido de servicialidad y fraternidad.

Claro está que este ideal es tan alto y sublime que humanamente nos parece imposible. Es por eso por lo que debemos luchar siempre por alcanzar lo más que se pueda. Con razón exclamaba Job el santo: "La vida del hombre sobre la tierra es lucha y batalla".

Es cierto, el auténtico cristiano vivirá en lucha continua a su paso por este mundo. Guerra contra el pecado, la injusticia y la maldad. Sólo así conquistará la verdadera paz del alma.

## CICLO C

Domingo 21º durante el año

Lc. 13, 22-30

### La conquista del Reino

"¿Es verdad que son pocos los que se salvan?" le preguntaron a Cristo en cierta ocasión.

El no respondió directamente a la interrogación, quizá por considerarla una simple curiosidad estadística. ¿Muchos? ¿Pocos? ¿Qué porcentaje? En vez de responder a una cuestión inútil y sin provecho, Cristo instruye sobre la conquista del Reino, que es lo más importante.

Ante todo nos pone sobre aviso que las malas obras serán un estorbo en la angosta vía que conduce a su Reino. En efecto, el Juez sentenciará implacable: "Apartaos de mí todos los que hacéis el mal". De nada servirá golpear la puerta y gritar: Señor, Señor.

Otro punto digno de reflexión es que no basta pertenecer a su Iglesia, sino que es indispensable obedecer y practicar sus enseñanzas. Así predice a los judíos: "Entonces habrá llanto y rechinar de dientes. Cuando Miréis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán gentes del oriente y del poniente, del norte y del sur y tendrán parte en el banquete de Dios".

Se ve claro que muchos extranjeros gozarán del banquete celestial, gracias a sus buenas obras, mientras que muchos israelitas quedarán fuera por sus malas obras. Este mismo criterio vale para los cristianos. No por pertenecer a la Iglesia de Cristo estás asegurado para la vida eterna, si tu comportamiento es indigno, injusto e inmoral. Por el contrario, los paganos o fieles de otras religiones que obren el bien durante su vida, serán salvos.

¿De qué te servirá conocer el evangelio, recibir los sacramentos, disponer de los auxilios espirituales y creer en la vida



eterna? De nada te servirá la palabra divina si no la obedeces y practicas. La afirmación de Jesús es clara y contundente: "En verdad os digo que no os conozco y no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos los que hacéis el mal".

Así pues, el cristiano que se deja arrastrar del pecado y de sus pasiones, que comete injusticias, extorciones y fraudes, que no se queje ante el Señor diciendo: Yo era de la Acción Católica, yo de la congregación, yo de colores, yo ayudaba acá, yo cooperaba allá.

La recomendación central del Maestro nos aclara: "Esforzaos por entrar por la puerta angosta". Es la puerta del deber de cada día, de la caridad con el prójimo, de las obras de misericordia, de la virtud que cuesta, de la cruz cotidiana.

Con la gracia divina, esfuézzate hermano por conquistar el Reino de los cielos.



## CICLO C

Domingo 22º durante el año

Lc. 14, 1-14

### Ciegos y cojos en tu mesa

Una invitación a comer o cenar era antiguamente un signo de distinción y amistad. Era una demostración de afecto y especial estimación. Por desgracia las circunstancias han variado tanto hoy día que una invitación a comer forma parte de la diplomacia política, de la estrategia sindical, de la promoción de ventas y hasta del espionaje internacional. El agente viajero ofrece una cena costosa al gerente de una grande negociación para inducirlo a comprar su mercancía. El industrial invita al político para ver qué privilegio se saca. Se invita a ricos, influyentes y poderosos para ver qué se obtiene de ellos. Y ¡qué tristeza! lo que antes era amistad, afecto, aprecio y distinción, hoy se ha convertido en plan de ventas, estrategia política y adulación de poderosos y se carga a gastos de publicidad.

Oigamos en cambio la enseñanza de Cristo: "Cuando des una comida o una cena, no llames ni a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; no sea que ellos te conviden a su vez y quedes así recompensado. Al contrario, cuando des un banquete, llama a los pobres, a los cojos, a los lisiados y a los ciegos y serás dichoso porque no tienen con qué pagártelo; pero ya se te pagará cuando venga la resurrección de los justos".

Como vemos la táctica de Jesús es del todo contraria a la del mundo y nos aclara las razones:

Primera, porque siendo pobres nuestros invitados no podrán pagarnos o correspondernos con bienes materiales o favores temporales, y segunda, porque Dios nos premiará con bienes del espíritu y dones eternos lo que hayamos hecho de bien en la tierra.

Amigo, ahora que conoces la enseñanza de Cristo examina tu proceder: Has invitado alguna vez a tu mesa al vecino pobre, a los albañiles, al pintor, al boquerito? ¿Entre los regalos de Navidad, te acuerdas de la sirvienta, del barrendero, del cartero o de los que recogen la basura? ¿Haces un favor al que no te lo podrá corresponder jamás? Ordinariamente los regalos más costosos son siempre para quienes menos necesitan.

Dichoso serás el día de la resurrección si hoy tratas de ayudar y servir a tu prójimo y no de servirte de él. Dichoso si como abogado defiendes al que no te podrá pagar, si como médico auxilias al necesitado, si como hermano das sin esperar recibir. ¡Dios te pagará por ellos!

## CICLO C

Domingo 23° durante el año

Lc. 14, 25-33

### Primero Dios

El cristianismo, si se toma en serio en sus esencias, es exigente y duro, es camino cuesta arriba que conduce a las cumbres sí, pero con esfuerzo y abnegación.

Oigamos, por ejemplo, esta sentencia de Jesús: "Si alguno viene a mí y no me prefiere más que a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y más aún, a sí mismo, no puede ser mi discípulo".

Si examinamos detenidamente esta doctrina descubriremos dos grandes verdades. La primera es que el amor humano con sus lazos más fuertes, con sus manifestaciones más nobles y bellas, es algo bueno y mandado por Dios. Así nos prescribe el amor a los padres, a los hijos y hermanos y aun a los prójimos y enemigos.

El amor es el centro y motor de la auténtica religiosidad cristiana.

La segunda verdad es que todo ese amor humano, noble y hermoso debe estar jerarquizado y subordinado al amor y obediencia del Señor. Un heroico ejemplo nos lo brinda la figura de Abraham, gigante en la fe, hombrazo cabal que a pesar de los siglos sigue siendo digno de admiración e imitación.

Cuando Dios le manifestó su voluntad de que le ofreciera en holocausto a su propio hijo no dudó un instante en obedecer. Con el corazón resquebrajado de dolor y el alma estrujada de angustia, cargó al niño con el fardo de leña, se fajó el cuchillo y emprendió las veredas del monte. Bien sabemos cómo en premio a su fe y obediencia plena, Dios cambió su orden y llenó de bendiciones al padre y al hijo y de su descendencia brotó más tarde el Redentor del mundo.



El amor humano no es contrario al amor de Dios ni a sus leyes, no son dos amores irreconciliables o enemigos. Dios no nos prohíbe el amor, tan sólo lo ordena y disciplina, lo jerarquiza y subordina al amor que a El se le debe.

Así lo entendieron los apóstoles y dejaron padres, hermanos, patria, barcas y redes. Así también lo comprendieron los mártires que prefirieron a Cristo aun sobre sus propias vidas.

A nosotros no se nos ha pedido tanto en el compromiso, no nos hemos encontrado ante la tragedia de sacrificar familiares, o entregar la cabeza al verdugo. Tan sólo se nos prohíbe lo inmoral, lo pecaminoso, lo injusto e indecente. Se nos exige sacrificar los negocios sucios, la opresión de los débiles, los fraudes de cualquier especie. No nos lavemos las manos con aquello de que "los negocios son negocios".

Si no tenemos la valentía de sacrificar el dinero mal habido o la amistad inconveniente, la unión conyugal ilícita ¿qué haríamos si Dios nos pidiera inmolar un hijo, como se lo pidió a Abraham? Quien no sabe dominarse en lo pequeño menos podrá hacerlo en lo grande y heroico.

La sabiduría del cristiano consiste en saber utilizar y gozar las cosas de la tierra en forma ordenada. Amar las criaturas, sí, pero antes amar y obedecer a Dios por encima de todo, aun de la propia vida.



CICLO C

Domingo 24º durante el año

Lc. 15, 1-32

### **El mar de la misericordia Divina**

¿Has contemplado alguna vez la inmensidad marina hasta donde se confunden cielo y mar? ¡Qué gigantesca belleza, qué sensación de inmensidad! ¡Y pensar que lo que no vemos es infinitamente mayor que lo que alcanzamos a ver!

Esa visión puede darte idea de lo que es la misericordia de Dios: inmensa, infinita, sin horizonte y llena de bondad.

Como al hijo pródigo, nos da en herencia el ser, el existir, nuestra naturaleza con sus dotes de inteligencia, voluntad, libertad, sentimientos y un cuerpo maravillosamente organizado. Creó el universo entero para nuestro servicio. Con todo ese rico patrimonio, el hombre se aleja de Dios y gasta sus tesoros en el mal, en el pecado y aun en hacerle la guerra al mismo Dios.

La misericordia divina se manifiesta de muchas formas, pero quiero explayar por lo menos dos:

La primera consiste en tolerar el pecado, en dejarse ofender, perdonarnos 70 veces siete para de nuevo ofenderle y El en silencio, sin aplastarnos ni fulminarnos por nuestra infidelidad.

Otra manifestación de su misericordia consiste en la paciencia en esperar nuestro retorno, podemos pasar largos años antes de caer de rodillas e implorar su perdón. Aquel anciano de la parábola, oteando las veredas en busca de su hijo, es un hermoso símbolo del Señor aguardando nuestro arrepentimiento.

Estimados amigos que escuchan este modesto comentario, yo les ruego que dediquen unos minutos a reflexionar sobre la siguiente idea: Nosotros hacemos esperar a Dios meses, años. Atrapados en el ajetreo de los negocios, quizá sumergidos en el mal, alejados de nuestro Padre, lo hacemos esperar y El, callado, humilde y amoroso, nos espera. Mas en cuanto damos señales

de arrepentimiento nos sale al encuentro con los brazos abiertos, la sonrisa en los labios y el perdón en la mano. No nos echa en cara el pasado, no nos recrimina el pecado, no nos reclama nada. Por el contrario, nos reviste de su gracia, nos impone de nuevo el anillo de la fidelidad, nos ofrece el festín de la Eucaristía y ordena que en el cielo sea día de fiesta entre los ángeles.

Dios goza con perdonar pero, mucha atención hermanos, no nos puede perdonar a la fuerza. Si no pedimos perdón, si no apreciamos y solicitamos la misericordia divina, el Señor no nos perdonará. No por venganza sino por el grandísimo respeto que El tiene a nuestra libertad.

¿Has contemplado la inmensidad marina hasta donde se confunden cielo y mar? Así, e infinitamente mayor, es la misericordia de Dios.

## CICLO C

Domingo 25° durante el año

Luc. 16, 1-13

### El astuto administrador

Les voy a contar un cuento: Este era un administrador que echaba el gato a retozar en forma tan grave y escandalosa que el propietario resolvió despedirlo. El administrador, que era inteligente y muy ingenioso, discurrió reunir a todos los que debían algo a la empresa, les extendió recibos falsos rebajando considerablemente sus deudas, ganándose con esto su amistad para cuando lo corrieran.

El propietario lo despidió, pero reconoció su astucia e ingenio para abrirse camino en la vida.

Nuestro Señor Jesucristo es el autor de este cuento o parábola y se puede leer en el capítulo 16 del evangelio de San Lucas. Lo que primero se admira es la inteligencia y audacia de los hijos de las tinieblas, es decir, de cuantos obran inmoralmente en la vida. Los perversos son más astutos e ingeniosos para hacer el mal, que los honrados para hacer el bien. Es de advertir que Cristo no aprueba el fraude, sino la agudeza para encontrar estratagemas y salir con su intento.

En realidad ¿no encontramos en las noticias diarias cómo los rateros inventan nuevas formas de estafar? ¿El hombre angustiado que pide para la sepultura de su madre que se le muere varias veces al mes? ¿O el viajero que pierde su monedero, el que "bautiza" la leche, el que te vende un reloj corriente asegurándote que es de oro? Viste la película *¿El Golpe?* Allí se admira el arte de estafar y engañar a lo grande.

También Cristo admira esa habilidad de los servidores de la maldad y deplora cómo los hijos de la luz no usan el mismo talento en las nobles tareas del bien. De una parte fuego, dinamismo, entusiasmo y presteza para el pecado y de otra pesadez, negli-



gencia y desorganización en la construcción del Reino de Dios en la tierra.

Al fin de la parábola Cristo dirige una amonestación a sus discípulos y una sentencia tajante a la humanidad: "No se puede servir a Dios y al dinero".

El dinero es atractivo y esclavizante. Insensiblemente vamos cayendo en sus redes. La necesidad nos hace trabajar para conseguir los bienes materiales; de ahí queremos la comodidad y el lujo y luego ambicionamos las riquezas cada vez más y más. Llega el día en que no pensamos sino en relación con la conquista del dinero. Y no falta quien sacrifique a sus hermanos, su salud, su conciencia, con tal de acrecentar su patrimonio. Ese se ha convertido en esclavo del dinero y ya no le importa la ley de Dios.

Ojalá que el recuerdo de este pasaje evangélico ayude al cristiano de nuestros días a ser más diligente y entusiasta en la edificación del Reino de Dios y a no caer en la trampa de las riquezas materiales.

## CICLO C

Domingo 26º durante el año

Lc. 16, 19-31

### El rico glotón

El evangelio repite varias veces la enseñanza de Jesús acerca de las riquezas. Bien sabía El cómo el hombre está dominado por el afán y la necesidad de los bienes materiales.

La parábola del rico glotón nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre varios puntos. Descubrimos ante todo que la excesiva riqueza, empleada en comer, beber y vestirse soberbiamente vuelven al hombre inconsiderado e insensible ante el sufrimiento ajeno. Quien siempre ha vivido en la abundancia es incapaz de comprender al necesitado; quien siempre ha sido sano y fuerte no entiende al débil y enfermizo.

Otro punto digno de meditación es que el amor obsesivo por las riquezas, atrapa al hombre y lo absorbe de tal manera que le mata el gusto por los valores espirituales y artísticos. Siempre de carrera, no se concede reposo, aun de noche le sigue trabajando la mente en los negocios. Nunca un poco de tiempo para la cultura, para su alma. ¡No tiene tiempo! ¡El dinero, siempre el dinero!

Recordemos que Cristo no condena la búsqueda de los bienes materiales para el cumplimiento de nuestras responsabilidades, para satisfacción de nuestras necesidades naturales; lo que se reprueba es el abuso, la obsesión que conduce a constituir del dinero la principal o la única preocupación de la vida.

El tercer punto, y el más grave de la parábola, es la dureza de corazón hacia el pobre Lázaro, que a la puerta de aquel palacio mendigaba siquiera las sobras de la comida y no había quien se las diera. Hasta un gato o un perro frente a la mesa causan lástima y compasión. ¿Cómo este gran tragón no se apiadó del limosnero hambreado a las puertas de su casa? Ese fue su mayor crimen.

Chucho el Roto, a pesar de ser un bandido, se hizo simpático precisamente por su buen corazón hacia los pobres. La dureza de corazón, el egoísmo, son pecados más graves que la gula y ostentación.

La bondad, la caridad y servicialidad al prójimo encubren o disminuyen otros defectos del hombre.

Los bienes materiales, aun adquiridos legítimamente y dentro de la justicia y honradez, de alguna manera deben servir al bien común. Esto no quiere decir que se deben repartir a tontas y a locas al primero que se presente, sino que se deben administrar de tal suerte que redunden en bien de todos. Por ejemplo creando fuentes de trabajo, incrementando la producción, ayudando a las instituciones de beneficencia, etc.

De nosotros depende que las riquezas temporales se conviertan en un instrumento de bondad, de amistad sincera, de fomento de la cultura y, finalmente, de salvación. Recuerda que Cristo nos asegura: "Lo que hicieris con uno de estos mis pequeños, conmigo lo habéis hecho".



CICLO C

Domingo 27º durante el año

Lc. 17, 5-10

### El compromiso de la fe

Un día rogaron los discípulos a Jesús: "Aumenta en nosotros la fe". Reconocieron que su fe era apenas infantil, como planta débil que aún no enraiza, como caña que sacude el viento. Y sintieron el anhelo de una fe fuerte y grande. La cristiandad de nuestros días debería caer de rodillas ante Dios y suplicarle a gritos: ¡aumenta nuestra fe!

Porque ésta no consiste simplemente en aceptar una lista de verdades, sino que abarca algo más profundo, más personal y más comprometedor a los ojos de Dios.

El primer paso es la aceptación de la persona de Jesús como el Hijo de Dios, Redentor, Maestro y Amigo que nos ama hasta entregar su vida por nosotros. Así aceptado, le entregamos nuestra confianza, nuestra dedicación sin condiciones y la fidelidad a su persona. La palabra latina *fides* implica más bien el concepto de fidelidad y confianza absoluta. Por eso San Pablo exclama: "Yo sé en quién he confiado". Tiene fe en una persona y no simplemente en unas verdades.

Como segundo paso lógico de nuestra fe viene la aceptación de las palabras, del mensaje, de la doctrina de Cristo. Si creemos que es Dios infalible y bondadoso, le creeremos cuanto se digne enseñarnos: lo fácil y lo difícil de entender, lo que nos agrada como el premio y lo que nos desagrada como el anuncio de castigos. Un tercer paso o consecuencia de la fe es el compromiso de actuar y vivir en conformidad con lo que creemos.

Y esto nos lo repitió Cristo en varias ocasiones: "Bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la cumple", "no el que me grita Señor, Señor, se salvará, sino el que guarda la palabra de

Dios", o también cuando dijo: "el que me ama guarda mis mandamientos".

¿De qué nos serviría conocer la revelación y la doctrina evangélica si no la practicáramos? Como el enfermo que no tomara las medicinas indicadas por el médico.

Otra consecuencia del creyente es la actitud que debe tomar ante sus semejantes. La fe enseña que todos somos hijos de Dios y por consiguiente somos hermanos. Las relaciones deben regirse por leyes derivadas de la fe, por motivos sobrenaturales que miran hacia la eternidad y no sólo por un Derecho Civil o por contratos comerciales y, mucho menos, por la ley del más fuerte, como si se tratase de irracionales.

La mentalidad de algunos cristianos de dedicarse a la adoración de Dios, o a su servicio, a su amor, desentendiéndose totalmente de sus hermanos, de las tareas humanitarias de aquí de la tierra, es opuesta al sentido auténtico del evangelio. Como también es equivocada la tendencia contemporánea de querer servir al prójimo, dedicarse a su mejoramiento material, al desarrollo económico, sin hacer ninguna referencia ni orientación hacia Dios. Como si el cristianismo se redujera a una obra de asistencia social o a un club humanitario.

No será que nuestra fe es aún débil y tierna como planta recién nacida? Es tiempo de que reconozcamos que la fe que hemos heredado de nuestros antepasados la hemos dejado marchitarse y enflacarse; no la hemos nutrido con la lectura, el estudio, la oración y la vivencia efectiva de los compromisos religiosos.

Viendo en nuestro interior que la fe escasea, que la fe se acaba, gritémosle a Nuestro Señor con inquietud, con ansias de ser escuchados: "Señor, aumenta nuestra fe".

## CICLO C

Domingo 28º durante el año

Lc. 17, 11-19

### La vocación profética

Es muy conocido de todos el episodio de la curación de diez leprosos. Ellos piden que los cure y Cristo los envía a presentarse ante los sacerdotes y en el trayecto sucede el milagro y quedan limpios de su lepra. Nueve judíos siguen su camino para cumplir con la ley de presentarse al templo y un samaritano entusiasmado, lleno de gozo y de gratitud, regresa y "postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús le daba gracias".

Brota inmediatamente la voz del profeta nazareno que reclama: "¿No quedaron limpios los diez? ¿Los otros nueve dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?"

Una de las obligaciones más graves del profeta consiste en denunciar el pecado social. No por un afán puritano o por soberbia, sino por una auténtica caridad: denunciarlo para curarlo, para purificarlo.

En este pasaje de los leprosos, Cristo podía haber recibido con complacencia el homenaje del samaritano y quedarse callado sobre la actitud indebida de los otros nueve. Pero no, su misión es quitar el pecado del mundo y para curarlo es menester antes denunciarlo con valentía.

Esta misión profética acarrea sus sinsabores y sus riesgos. Cristo terminó en la cruz, el Bautista decapitado, Jeremías odiado y encarcelado, Elías perseguido y huyendo por los montes. Tomás Becket y Juan Nepomuceno asesinados.

En nuestros días tenemos los ejemplos recientes de un Martín Lutero King, asesinado por denunciar la discriminación racial; John y Robert Kennedy por intentar seguir una línea de



conducta nacional más justiciera. Y me atrevería a incluir a un César Chávez, defensor de los braceros mexicanos.

Cristo nos da ejemplo de esa valentía de denunciar el pecado de su pueblo aunque sabía que terminaría en la cruz. Se enfrenta a los fariseos en forma dramática. Véase el capítulo 23 del evangelio de San Mateo, donde les echa en cara su hipocresía, su injusticia y su soberbia.

Cristo anunció en una ocasión: "no he venido a traer la paz sino la guerra". Pues ésta es una batalla de esa guerra: no quedarnos callados ante el mal y la injusticia que nos rodea. Esta batalla no debe librarse mediante la violencia o por medio de otras injusticias, ya que caeríamos en el mismo pecado que se trata de quitar.

El camino indicado es el de la legalidad, los derechos, las instituciones, el recurso a las legítimas autoridades y a la razón, así como a los medios de comunicación social: prensa, radio, etc.

Bien sabemos que las víctimas frecuentemente se desesperan ante la lentitud o la ineficacia de estos métodos y caen en la tentación de la violencia. Aun a pesar de esto, el evangelio no nos autoriza a echar mano de la espada.

Hermano, el mundo está lleno de injusticias, de inmoralidades y de pecado. Y quizá el cristiano tenga mucha culpa por no tener la osadía de enfrentarse al mal. Por "prudencia y diplomacia" se calla cuando debería gritar. Tú, hermano, por lo menos en tu casa, en el reino de tu familia, en tu trabajo, en tu ambiente social y en la medida de tus fuerzas, siembra el bien, la justicia y la paz y no te quedes mudo cuando tus hermanos están esperando que tu palabra los defienda. No olvides que "lo que hagas por uno de estos pequeños, por Cristo lo haces".

## CICLO C

Domingo 29º durante el año

Lc. 18, 1-8

### Hablar de amor

Jesús, para enseñar a sus discípulos que tenían que orar siempre y sin desfallecer, les propuso esta parábola: En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Vivía en aquella misma ciudad una viuda que acudía a él con frecuencia para pedirle: Hazme justicia contra mi adversario. Por mucho tiempo el juez no le hizo caso, pero después se dijo: Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, sin embargo voy a hacerle justicia a esta viuda para que no siga importunándome.

Dicho esto Jesús comentó: Si así pensaba el juez injusto ¿Creéis acaso que Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a él día y noche y que los hará esperar? Yo os digo que les hará justicia sin tardar.

Sacamos como lección de esta parábola la necesidad de una oración tenaz, paciente y sin desfallecer, confiados en la bondad del Padre del cielo que nos escucha y nos quiere bien.

No es de extrañar que el incrédulo no le encuentre sentido a la oración, pues sería absurdo y tonto orar ante la nada. Mas al cristiano que cree en Dios creador y conservador del universo, en Dios providente y bondadoso, estima la oración tan natural y necesaria cual la respiración de cada instante. ¡Somos tan limitados en el tiempo y en el espacio!

Un hombre reflexivo admira la inmensidad y la maravilla del universo e iluminado por la fe descubre al Creador sin el cual no existiría nada. La oración brota espontánea en él como reconocimiento del Dios constructor de todo, como gratitud por su obra maravillosa, como alegría por su bondad.

Cuando sabemos que ese Dios, dueño y señor de todo, nos ha adoptado como hijos por su gracia, y que legítimamente le podemos llamar Padre; cuando conocemos que de verdad nos ama, surge entonces el sentimiento vivo y emocionado de amor al Infinito, al Absoluto que se dignó amarme primero.

Y la oración es el fruto maduro y la expresión del amor. Por eso un escritor contemporáneo afirma que: "Orar es pensar en Dios, amándole". Y Santa Teresa escribe: "Orar es tratar de amor con quien sabe de amor".

La oración es una comunicación vital, existencial y amorosa con nuestro Padre Dios. Quien ama y por necesidad debe alejarse temporalmente de su amor, busca los medios de comunicarse: una postal, una carta, telegrama o conversación por teléfono. Pues bien, eso es la oración, el anhelo de comunicarse con Dios porque lo amamos. Aunque no le pedimos nada, tan sólo por saludarlo, por repetirle nuestra gratitud por sus dones diarios.

En esta parábola Cristo quiere que saquemos la enseñanza debida: Que si un juez incumplido y malo le hace justicia a esa pobre viuda, con tal de que no lo siga molestando, cuánto más nuestro Padre del cielo, que es justo y quiere nuestro bien. Por eso la oración debe ser confiada y constante, además para quien tiene un poco de fe y de amor la oración es fácil, natural y hermosa. ¡Eso sí, con fe y con amor!



## CICLO C

Domingo 30º durante el año

Lc. 18, 9-14

### Soberbia y humildad

El fariseo se contempló a sí mismo en el espejo de su conciencia y se encontró perfecto, espiritualmente fuerte y sano, sin vicios y adornado de hermosas virtudes. Hinchado de soberbia y complacencia se dirigió al templo y erguido oraba en su interior. Dios mío te doy gracias porque no soy como los demás hombres que son ladrones, injustos, adúlteros, como ese publicano por ejemplo. Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todas mis entradas.

Si examinamos su actitud y sus palabras descubriremos que no hizo oración. Considerándose perfecto no podía experimentar la necesidad o la pobreza de alma, por eso no pidió nada. Tampoco presentó su adoración al Señor, sino que se puso a tejer su propio elogio y alabanza. Ni una frase de reconocimiento, nada para Dios, nada. Todo lo refirió a su persona, diríamos que se adoró a sí mismo. Y como remate de soberbia y petulancia, expresa su desprecio por el publicano que se encontraba a la entrada del templo.

Este, en cambio, nos brinda una lección de oración humilde y sincera. Por un vivo sentimiento de indignidad no se atreve ni a introducirse al templo ni a levantar la vista. Reconoce sus pecados y no trata de disculparlos, sino que, con toda humildad se dice pecador y pide la misericordia divina.

El descubre su propia impotencia, su vacío, su nada y experimenta la necesidad del Poderoso, del Infinito, por eso pide. Y no pide bienes materiales sino los bienes del Reino de los cielos el perdón y la gracia de Dios.

Termina Cristo la parábola anunciando: "Os aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquel no. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado".

¿Qué enseñanza sacamos nosotros de este pasaje evangélico? Ante todo que lo que más repugna a Dios es la soberbia. Como una manzana podrida corrompe a las buenas, así la soberbia mancha y apesta las cualidades que pueda tener el hombre.

La humildad en cambio conmueve el corazón de Dios. Así exclamaba el Rey David: "Un corazón quebrantado y humillado, Tú no lo desprecias".

Conscientes pues de nuestra nada, experimentar la necesidad de Dios, que sin El nada podemos hacer. Aceptar su señorío, adorar su divinidad, agradecer su bondad. Pensar más en él que en nosotros y confiar en su misericordia repitiéndole el grito sincero del publicano: "Ten piedad de mí, Señor, que soy un gran pecador".

CICLO C

Domingo 31<sup>o</sup> durante el año

Lc. 19, 1-10

### El ejemplo de Zaqueo

Caminaba Jesús por las calles de Jericó, en medio de una apretujada muchedumbre, cuando descubrió, allá entre el follaje de una higuera, a un hombre chaparrito e inquieto, en cuyos ojos brillaba el ansia de conocer al Nazareno. Era el rico e influyente Zaqueo, jefe de los publicanos de la ciudad.

Cristo descubrió en su mirada franca un corazón noble escondido bajo la mala fama de publicano y fijándole la vista le anunció: "Baja pronto, Zaqueo, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa". El bajó enseguida y le recibió muy contento. Luego estalló el azoro y el escándalo: "Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador".

Pero la gracia ya había hecho vibrar el corazón de aquel recaudador de impuestos y correspondiendo con generosidad y entusiasmo se comprometió con el Maestro diciéndole: "Mira, Señor, quiero dar a los pobres la mitad de mis bienes y si he defraudado a alguien le restituiré cuatro veces más. Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abraham y el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido".

Amigos, ¡Cuántas enseñanzas en tan breves líneas! El primer paso es que el alma tenga sed de Dios, que experimente el deseo de conocer a Jesús. También el hombre de nuestros días es chaparrito: bajito de cultura y de espiritualidad, bajito de ideales, corto de nobles fines. Sofocado entre el gentío materialista, no alcanza a ver a Dios, no puede dirigir la vista hacia las alturas, no experimenta la sed del Infinito. Toda la aventura humana la hace pasar por el embudo del materialismo histórico. Y todo el ingenio, el arte, la ciencia, la sabiduría y el amor pretende



reducirlo al materialismo dialéctico. Pretenden liquidar el espíritu.

Pero basta que la criatura manifieste su anhelo de Dios para que escuche en su interior: "Hoy quiero hospedarme en tu casa". Y si, como el publicano de Jericó, "lo recibe muy contento" recibirá la fortaleza para cumplir los preceptos divinos y los consejos evangélicos. Sentirá el deseo de compartir con sus hermanos los bienes que posea. Bienes materiales o bienes del espíritu. Ese día habrá entrado la salvación en su casa, es decir, en su alma.

Dios habita en nosotros por la fe, por el amor al prójimo y por el espíritu sobrenatural que nos hace ver todo "a lo divino". San Pablo exclamaba: Vivo yo, mas no soy yo, es Cristo quien vive en mí".

Hermanos, nosotros somos como Zaqueo: pequeños ante Dios y ante el mundo, sumergidos en la marea materialista que nos impide la visión de lo divino. Subamos a la higuera del Evangelio para ver y conocer a Cristo y escucharemos en el fondo de la vida: "Hoy ha entrado la salvación a esta casa".

## CICLO C

Domingo 32º durante el año

Lc. 21, 5-19

### Como ángeles

Como los saduceos no creían en la resurrección de los muertos, le plantearon a Jesús este Problema: "Hubo una vez siete hermanos y el primero tomó mujer y murió sin dejar hijos. También el segundo y el tercero tomaron a la viuda e igualmente los siete, y no dejaron hijos y murieron. Finalmente murió también la mujer. En la resurrección ¿De cuál de ellos será la mujer?".

Esta cuestión constituía un callejón sin salida para los saduceos y pensaron que era un argumento seguro contra la resurrección. Mas la dificultad se origina por considerar el cielo como una prolongación o repetición de la vida terrena, sin percatarse que se trata de "otra vida", es decir, diferente, perfecta, celestial.

El matrimonio es natural y necesario en este mundo, principalmente porque somos mortales. Los nuevos nacimientos vienen a llenar los huecos que dejan los que van muriendo. Es también necesario para proporcionar ayuda y cultivar el amor entre varón y mujer. Es el amor el fenómeno más hermoso del cielo y de la tierra, a tal grado que afirma la Escritura: Dios es amor.

Cierto es que el amor humano no se restringe al dueto varón-mujer, pues debe extenderse a todos los hombres; sin embargo, es la pareja, y precisamente dentro del santuario del matrimonio, la que mejor simboliza y expresa el amor humano.

Ahora bien, en el cielo cambian totalmente las circunstancias. Ante todo seremos inmortales: la muerte ha sido vencida por Cristo y ya no dominará en el siglo futuro. De ahí que no se necesiten nuevos nacimientos ni el matrimonio.

Así Cristo responde a los saduceos: "Los hijos de este siglo toman maridos y mujeres. Pero los juzgados dignos de tomar

parte en aquel siglo y en la resurrección de los muertos, no tomarán maridos ni mujeres, porque ya no pueden morir y son semejantes a los ángeles e hijos de Dios siendo hijos de la resurrección".

Desaparecerá pues la categoría de maridos y esposas y habrá tan sólo hermanos e hijos de Dios disfrutando de un amor hermoso, gigante y espiritualizado, sin egoísmos ni limitaciones.

Lo cual no impide que allá se reconozcan y reencuentren quienes en la tierra fueron esposos, padres, hijos, amigos, maestros y se amen, pero ya en una forma espiritualizada y divinizada.

Aquellos siete hermanos de la parábola saducea bien podrán encontrar a la que fue su mujer en la tierra, mas ya no será esposa de ninguno sino hermana de todos, amándolos a todos.

El cristianismo cree y espera la resurrección universal, cuando seamos como ángeles, después de la victoria definitiva del espíritu sobre la materia corruptible. ¡Como ángeles, sí, como ángeles!



CICLO C

Domingo 33º durante el año

Lc. 21, 5-19

### El fin del mundo

¿Cuándo será el fin del mundo? ¿Es cierto que de mil ha de pasar y a dos mil no ha de llegar?

También los apóstoles sufrieron esta inquietud y preguntaron: "Maestro, ¿Cuándo tendrán lugar estas cosas y qué señal tendremos de que ya van a suceder?".

A decir verdad Cristo no respondió a la cuestión, o más bien respondió que es un secreto del Padre y así afirmó: "De aquel día y aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre".

De estas palabras de Jesús podemos sacar varias conclusiones: la primera es que Dios ha querido mantener en secreto la época del fin del mundo, pues no está obligado a descubrirnos todos sus misterios. La segunda, que leemos en el capítulo 21 de San Lucas, es el anuncio de penas, calamidades y sufrimientos diversos a lo largo de la vida, pero aclarando que "si perseveramos en la paciencia, salvaremos nuestras almas".

La tercera y más importante para nosotros es la advertencia que nos hace de vivir siempre preparados esperando "el día del Señor". Cristo vino a enseñarnos aquello que es necesario para la conquista y el conocimiento del Reino de los cielos y no simples antojos o curiosidades de la imaginación.

Hermano, yo te invito a meditar la siguiente gran verdad: El fin del mundo para mí es el día de mi muerte. Con la muerte yo me acabo para el mundo y el mundo se acaba para mí. Y ese día no está muy lejano. ¿No crees que esta verdad es mil veces más importante que saber la fecha de la liquidación del planeta?

Por consiguiente no gastemos tiempo y energías en hurgar cuestiones inútiles, esforcémonos mejor por incrementar la

cuenta de ahorros del cielo, multipliquemos las buenas obras, que son la única moneda que tiene valor en la vida futura. Haz el bien a tus semejantes, barre tu corazón, trapea tu casa interior, pule tu alma, adorna de virtudes tu espíritu y que la caridad brote de todo tu ser.

Y, finalmente, otro pensamiento para hoy: Que el "día del Señor" no sea para el cristiano fuente de miedo o temor, sino por el contrario, sea manantial de gozo y alegría ya que es la entrada definitiva y victoriosa al Reino del Padre. ¡Alerta pues, que el tiempo se acerca, el fin del mundo para cada uno de nosotros no está lejano!

## CICLO C

Domingo 34º durante el año

Lc. 23, 35-43

### Cristo Rey

Dos condenados a muerte están conversando momentos antes de morir. Debilitados por la pérdida de sangre, reseco de sed y calor y ante el ridículo social de su sentencia, uno de ellos dice a su compañero de suplicio: "¡Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino!". El otro responde con seguridad y aplomo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

Ya antes le había preguntado Pilatos: "Luego ¿tú eres rey?", y con la misma seguridad Cristo había contestado: "Tú lo has dicho, yo soy rey".

¿Quién es este condenado a muerte, rechazado por las autoridades de su pueblo y ejecutado vergonzosamente en el monte de las calaveras? ¿Quién es éste que momentos antes de morir promete la participación de su reino a otro pobre condenado al patíbulo?

Es Cristo Jesús, un rey diferente a los reyes temporales. De los reyes temporales dice la historia: reinaron de tal año a tal año, fijando fechas. De Cristo dice San Juan, el profeta de Patmos: "Cristo es rey de los siglos". O sea rey de todos los siglos o más bien, de la eternidad.

Y el mismo Cristo le había aclarado a Pilatos: "Mi reino no es de este mundo, no es de aquí".

Es un rey sin armas y sin ejércitos. El no manda a sus vasallos a morir por él en las guerras, sino por el contrario, es él quien muere en la cruz por los suyos. Se trata de un Rey que no exige contribuciones ni impuestos, que no usa la fuerza material ni la violencia, antes recomienda presentar la mejilla al que nos abofetea; Rey que no impone su dominio y su evangelio por decretos, sino que atrae por la bondad y el amor, que quiere que



aceptemos su reinado libre y voluntariamente y a nadie presiona a creer por la fuerza su doctrina o a abrazar su religión; Rey que no vino a pedir, ni exigir, ni a quitar, ni a destruir ni a llevarse nada o recoger botín de los vencidos.

Por el contrario es un Rey que vino a dar la vida sobrenatural por eso dijo: "He venido a que tengáis vida y la tengáis en abundancia". Vida que nos da en sus sacramentos, en su doctrina, en su Iglesia; darnos la revelación de la verdad y los conocimientos necesarios para nuestra salvación; darnos el perdón del pecado de toda la humanidad; darnos la gracia que nos hace ser hijos de Dios y herederos del Reino que está anunciando; nos da su propia vida que entrega por nosotros; nos da su cuerpo y sangre en el sacramento de la Eucaristía, y, finalmente, nos da, o nos quiere dar, el Reino eterno de los cielos. Pero nos lo quiere dar respetando nuestra libertad. A nadie quiere a la fuerza en su Reino.

¿Verdad que ese Reino no se parece a los de este mundo?

Finalmente es necesario aclarar que el reino de Dios no empieza después de nuestra muerte, sino que ya está entre nosotros.

Y el cristiano, si de verdad quiere y anhela que viva Cristo Rey, debe esforzarse y luchar por establecer el reinado de Cristo en la tierra, o sea, que reine en el mundo la justicia, el amor, la bondad, la fraternidad y la paz universal. En el Padre Nuestro no le decimos que nos lleve a su reino sino "venga a nosotros tu reino". Lo que equivale a decir que ya reinen entre nosotros las virtudes, las leyes y el espíritu de Cristo aquí en la tierra.

Que Cristo sea el Rey de nuestras inteligencias, de nuestros corazones, de nuestros hogares y de nuestra patria.

*Escucha su voz*  
se terminó de imprimir en noviembre de 1991.  
en los talleres de Luna Hermanos Impresores, Tabasco 1224-7,  
Guadalajara, Jalisco, México.  
Teléfono 24 97 04

La edición consta de 1000 ejemplares.  
La tipografía utilizada es Dutch (Times Roman)  
en 9, 11, 12, 14 y 18 puntos.

La edición estuvo a cargo de *EdiTipo*, tel. 91 (379) 8 05 41,  
para el Departamento de Extensión Universitaria del ITESO.

